



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Afce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arago, Ayala, Azaña, J. B. Arayuytain, Anchorena, Albasne, Arlandia, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arriola, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Marqués), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Arevalo (D. Pedro), Campomanes, Camús, Canalejas, Cabete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorra, Carvino, Chacón (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuetos, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenza, Canamaque, Calcaño, Ducarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echegarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echezaray, Eguita, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Ferrnín Toro, Flores, Figueroa-Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galdes de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Maria, Güel y Rente, Guellbenzú, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machaló y Alvarez, Martos, Mita (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristán), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgiz, Ortiz de Pinelo, Olózaga, Pompilio Genér, Piniaccio, Passerón y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdás, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Retes, Recilla, Rios Rosas, Rivera, Riveco, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvator de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Sr. Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viñart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Octubre de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Soldado, 1, duplicado.

SUMARIO

Revista política por D. Carlos Malagarriga.—Dos presidentes americanos: Guzman Blanco y Santos, por D. Héctor F. Varela.—Colon en España, por D. T. R. Pinilla.—El brigadier D. José Aparici (continuación), por D. Luis Vidart.—La Unión hispano-americana, por D. Ramon de Sanjuan.—Movimiento religioso, por D. Nicolás Diaz y Perez.—Introducción (continuación), por D. Antonio Guerra y Alarcón.—Gustavo Baz, poeta y escritor mexicano, por D. Héctor F. Varela.—La Confederación comercial, por D. Ramon de Sanjuan.—Evrico el presbítero (Elegías), por D. José de Siles.—Movimiento científico (discurso), por D. Miguel Morayta.—La noche de tinieblas, por D. José de Siles.—Cartas á una mujer.—Revista de Madrid, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

Desvanecidas las sospechas de disidencias en el Gabinete, vencido el Sr. Romero Robledo en su política sanitaria, vuelto á Paris el embajador Sr. Silvela, y despues de dos Consejos presididos por el rey, la agitación política se ha calmado visiblemente y todos los cálculos y combinaciones se hacen ahora á muy larga fecha. Dos cuestiones están ahora sobre el tapete y en ellas se funda todo lo que se dice y se escribe en la actualidad de política.

La primera reviste carácter internacional y se relaciona con la Conferencia de Berlin. Al canciller del imperio alemán conviene juntar para su empresa diplomática contra Inglaterra, el mayor número posible de aliados, y España, que tiene fundado todo su porvenir en Africa y que ya posee islas y puntos importantes, ha sido invitada en primer término á la Conferencia. No se ha visto por muchos con agrado la invitación, y parte de la prensa ha combatido desde luego la idea de que España vaya á la Conferencia únicamente á servir los intereses coloniales de Alemania. Cuando los partidos se preparaban á combatir al gobierno por creerle inclinado á aquella política, sus irróse en algu-

nos círculos que en el seno del Gabinete habia dos tendencias: una que representaba el señor Pidal y que contaba con altas influencias y favorable á Alemania; otra que sintetizaba el señor Cánovas, y que cree en estos momentos conveniente y necesaria una política de abstención y reserva.

Llegó un momento á la superficie el rumor de estas disidencias, pero despues se acalló súbitamente, y sin duda hasta que, mediado ya Noviembre, hayan empezado las Conferencias en Berlin no se resucitará la cuestion.

En cambio, hay otra de orden interior que trae grandemente preocupada á la opinion: se trata de la nueva vida que de un modo visible presta el gobierno conservador á la izquierda dinástica, coincidiendo el apoyo de la prensa ministerial á este grupo, con el viaje del general Lopez Dominguez á Andalucía, donde el escaso grupo izquierdista se ha visto en ciertos momentos reforzado con elementos perfectamente caracterizados como conservadores.

En el Extranjero son ante todo de notar las modificaciones hechas en el Gabinete de la Gran Bretaña. El canciller del Ducado de Lancaster, jefe del departamento de Agricultura, M. Donson, ha sido reemplazado en sus funciones ministeriales por M. Trevelyan, secretario principal por Irlanda. Este último ha sido reemplazado por M. Campbell Bannermann, de la Cámara de los Comunes.

La entrada de M. Trevelyan es una justa recompensa á los servicios prestados al Gabinete Gladstone, en el cargo que aceptó en un momento de peligro, al siguiente día del atentado del cual fueron victimas lord Frederik Cavendish y M. Tomas Burke en la primavera del año 1882.

Además, este nombramiento reconoce otro

objeto, y es el de obtener la adhesión de los parnellistas por el bill electoral, los cuales deseaban la separación del segundo de lord Spencer.

El Parlamento se ha abierto, leyéndose el siguiente Mensaje de la reina:

«Milores y señores:

Os he reunido despues de unas vacaciones mucho más cortas que de ordinario, á fin de que podais desde hoy examinar de nuevo la grave cuestion de la representación del pueblo en el Parlamento.

Continúo cultivando las relaciones de amistad con todas las naciones extranjeras.

Las noticias recibidas del Sudan dejan una incertidumbre penosa sobre la situación de este país; pero la energía, el valor y los recursos desplegados de manera tan notable por el general Gordon en la defensa de Kartum, merecen todo mi reconocimiento.

La marcha de mis tropas sobre el Dongola, tiene por objeto la seguridad y el rescate de este valiente oficial y de los que tan fielmente le han prestado su concurso.

En Egipto me esfuerzo cuanto puedo por favorecer nuevas mejoras, y he prestado mi concurso al gobierno egipcio en la difícil situación financiera en que la dejó la última conferencia.

Debo manifestar mi sentimiento por las circunstancias que se han producido en la frontera Sudoeste del Transvaal, que reclama vigilante atención.

De acuerdo con el gobierno de la colonia del Cabo, me ocupo en buscar los medios que serán necesarios para asegurar el cumplimiento, exacto del convenio concluido este año.

Pronto se os presentarán los documentos sobre este asunto.

Señores de la Cámara de los Comunes:

Las operaciones militares en el Sudán, obligan al gobierno á pedir un nuevo crédito.

Milores y señores: La ley relativa á la extensión del derecho de sufragio va á ser sometida inmediatamente.

Para terminar, espero humildemente y con

confianza, que el Todopoderoso bendicirá vuestros trabajos.»

El gobierno húngaro ha presentado á la Cámara de los Representantes, el proyecto de reforma de la Cámara de los Magnates.

Con arreglo á este proyecto, la Cámara alta se compondrá. 1.º De los individuos hereditarios; 2.º Los que tienen el derecho de seguir á éstos á causa de dignidades de que han sido investidos; 3.º Los que son de nombramiento real, y 4.º Los senadores elegidos por la Dieta de Croacia.

Entre los senadores hereditarios figuran en el proyecto los archiduques mayores, los magnates que pagan al mes 3.000 florines de contribucion territorial, y por último los magnates extranjeros que gozan del derecho de ciudadanía húngara y que, pagando la cantidad precitada, hayan declarado al presidente del Consejo que ejercerán sus derechos senatoriales exclusivamente en Hungría.

El rey tendrá además el derecho de conferir esta dignidad hereditaria á las personas de mérito que gozan los derechos y la cualidad de ciudadanos húngaros y paguen 3.000 florines de contribucion territorial. El rey tendrá además el derecho de nombrar á la tercera parte de los individuos de la Cámara alta.

En China sigue el ejército francés trabajosamente su campaña con desigual fortuna, preparándose el envío de nuevos refuerzos.

Por último, al terminar esta Revista queda planteada la crisis belga, no habiéndose resuelto todavía, aunque es segura la caída del Gabinete Malou.

Madrid 27 de Octubre de 1884.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

DOS PRESIDENTES AMERICANOS GUZMAN BLANCO Y SANTOS

La pluma de un escritor fecundo, trazó en un momento de inspiracion feliz un paralelo entre Napoleon y Bolívar: el coloso de la guerra en los campos de batalla europeos y el Titán de la revolucion americana.

Estudiando las hazañas del uno y del otro, como soldados, hemos podido comprender que el paralelo se estableciera, sin aceptar, empero, que en el espíritu aventurero del que exhaló el último suspiro en el *peñasco fatal de Santa Elena*, existiese el amor entrañable á la libertad que iluminaba la mente del fundador de cinco Repúblicas.

Pero lo que no comprendemos ni podemos admitir es, que en nuestros pueblos de allende el Océano, en el calor sangriento de las pasiones en lucha, se establezcan *paralelos* que no admiten ni el origen, ni la tradicion, ni los servicios, ni el talento, ni las facultades de un hombre que viene á ser una personalidad en el Mundo, y otro hombre que no ha logrado levantarse al nivel comun de los demás, en ninguno de los actos de su vida.

En los últimos diarios recibidos del Plata—y principalmente en *La Razon*, de Montevideo, y *El Diario* de Buenos-Aires,—que combaten sin tregua ni descanso el gobierno personal del general Santos, Presidente de la República Uruguaya, vemos, que cuando se quiere criticar alguno de sus actos ó medidas, que llevan el sello de un personalismo ridículo, ó le presentan como uno de esos gobernantes que escarnecen la opinion y se mofan de la ley, *le comparan* al general Guzman Blanco, llegando uno de ellos hasta decir, «¡que Santos ha sido atacado de *Guzmanitis!*»

Fieles á la mision que nos hemos impuesto al escribir en España sobre las cosas y los hombres de América, no cometeremos la ligereza de presentar desnuda y descarnada la figura insignificante del general Santos—que visto en ese traje, sería poco simpático á los lectores de LA AMÉRICA,—pero la severidad de esa misma mision y la imparcialidad con que la estamos llenando, tampoco nos permite consentir en silencio que llegue á la redaccion de los diarios de España alguno de los del Plata, en que se pretende establecer paralelos, entre una nulidad como Santos, y una eminencia

como Guzman Blanco, sin protestar contra esos juicios, completamente ajenos á la exactitud y á la verdad de los hechos.

Santos era un pobre oficial del ejército uruguayo, que por uno de esos caprichos tan frecuentes de la fortuna, consiguió un dia hacerse dueño de la tropa de línea que habia en Montevideo, escalando el poder al amparo de las bayonetas de que milagrosamente le fué dado disponer.

Santos es un hombre sin talento y sin instruccion de ninguna especie, no sabiendo nada sobre nada; hecho de que, ciertamente, no hay que culparle, puesto que ni sus padres ni él pudieron sospechar jamás que, en medio de las tempestades políticas de la tierra en que nació, llegaría un dia en que, sucesos imprevistos, lo llevasen á las cimas del poder, tomando en sus manos las riendas del gobierno.

De la ciencia de ese gobierno, Santos, que es joven todavía, tampoco tuvo nunca nociones de ninguna especie; y formado al lado del dictador Latorre, verdugo sangriento que manchó sus manos con crímenes infames, no pudo en aquella escuela inspirarse en las grandes y nobles ideas de libertad y justicia, que tanto necesitan conocer los hombres llamados á presidir la gobernacion de los pueblos.

Guzman Blanco es el anverso de la medalla: manos ilustres mecen su cuna: una mujer llena de virtud y de talento, deposita en su corazón la semilla fecunda del bien; y cuando ha crecido ya, y llegado á la edad feliz en que el hombre abre su espíritu á todas las esperanzas y los encantos de la vida, un padre cariñoso, que por su talento es gloria de nuestra América, le dedica al estudio: en él le forma, le ilustra, y concluida su carrera de abogado, vé coronados sus esfuerzos y desvelos por uno de esos éxitos ruidosos, que son como prenda y augurio para la vida futura del hijo amado.

Dotado de calidades verdaderamente extraordinarias, se mezcla sin miedo en las luchas políticas de su patria: forma parte de las Asambleas populares, y en ellas despierta vivo interés la elocuencia de su palabra de fuego; y el acierto con que aborda las más graves cuestiones de la vida democrática de una nacion: creciendo siempre, llega á formar parte de un ministerio histórico: á pesar de su juventud, al desempeñar su cartera revela condiciones de administrador y hombre de gobierno, que llamando en torno suyo la atencion de sus conciudadanos, van rodeando su nombre de un prestigio siempre creciente.

¿Le ha sucedido algo de esto al general Santos?

¿Inició su vida pública, bajo auspicios semejantes ó parecidos?

Los paralelos que se establecen entre hombres públicos, exigen cierta armonía en las condiciones de aquellos á quienes se pretende poner á un nivel comun.

¿Dónde está esa paridad entre Santos y Guzman Blanco, entre el oficial oscuro de un cuartel, y el hombre de estudio é instruccion que *debuta* en el mundo político de la tierra natal, revelando grandes calidades?

Van corriendo los acontecimientos en Venezuela, hasta que llega un dia en que Guzman Blanco—en alas siempre de una popularidad que aumenta—deja de ser el soldado que obedece, para convertirse en el jefe que manda.

Su patria está aniquilada por los martirios de cuarenta años de guerra civil.

No hay allí prestigio ni voluntades que tengan el poder de dominar ó dirigir: es aquel un inmenso campo de anarquía en que los más audaces suben un dia para ser arrancados al otro del poder, por los que consiguen inspirar mayor confianza con las promesas que vienen haciendo de repartirse las riquezas de la patria, como otra túnica de Cristo.

Allí no hay orden, no hay paz, no hay estabilidad ni garantías.

El gobierno regular, la administracion honrada, son cosas que no se conocen.

El sable y el *machete* imperan por doquier.

El comercio está completamente paralizado; y á los puertos de Venezuela no llega extranjero alguno, huyendo de la tierra, bende-

cida por Dios, en cuanto á sus encantos naturales; pero que parece amarrada al carro de Luzbel en aquella hora espantosa de su agonía sangrienta.

Hasta lo último que no abandona el hombre desde la cuna al sepulcro, hasta la esperanza, se habia perdido ya en Venezuela, de que en sus horizontes de arrebol, envueltos en las flores más delicadas de la Creacion, pudiese asomar un dia de paz y de bonanza en que la mano de un ángel tutelar viniese á arrancar de manos de los combatientes enfurecidos, las armas fraticidas con que se despedazaban con furia en los campos de batalla.

Pero... los pueblos que un dia han mostrado al mundo que tienen virilidad y potencia, no sucumben fácilmente; y en medio de aquel inmenso caos, aparece ese mismo Guzman Blanco, y como movido por una inspiracion profética, levanta en alto la bandera de la honra y del patriotismo venezolanos, convoca en torno suyo á los que llevan luto en el alma por el luto de la patria, les proclama en nombre de la tranquilidad, de los hogares y de la felicidad de todos, y como si estuviese investido de un poder sobrenatural, consigne que le obedezcan, y le sigan, y le rodeen, y formando poderoso núcleo, se lanza resueltamente á combatir á los que, atrincherados todavía en las viejas posiciones de la anarquía y la barbarie, pedían más sangre á la patria como si solo pudiesen vivir respirando sus vapores.

¿Quién sigue á Guzman Blanco desde entonces?

Es aquello algo fantástico: es una especie de cuento de Hoffmann, una leyenda de hazañas y proezas en que la imaginacion vaga satisfecha, siguiendo al caudillo en cada etapa, como si ella quisiese asociarse á los hechos heroicos que señalan la marcha de Guzman Blanco, hasta el dia memorable en que, después de cien combates felices, llegó gallardo y triunfante á la pintoresca ciudad de Caracas.

¿En qué parte de la vida de Santos, se encuentran, ni estos hechos, ni estas acciones?

¿Qué proeza ha realizado en la tierra Oriental, digna de ser recogida con aplauso por los cronistas honrados de una época dada?

¿Con qué justicia, entonces, establecer un parangon entre Santos y Guzman Blanco, como pudo establecerse entre Napoleon y Bolívar?

Ya estamos en la risueña Caracas escuchando las dianas de la victoria y asistiendo al *Te Deum* de la libertad, entonado por los pechos agradecidos de un pueblo, que rodeaba febril á su caudillo, ungiendo su frente con el óleo sagrado de la gratitud nacional.

A partir de ese momento, empieza la obra verdaderamente gigantesca de Guzman Blanco, obra que hemos hecho conocer ya en España, y de la que nos ocupamos tambien en un discurso, cuyos párrafos principales vamos á reproducir para mostrar que, solo con marcada mala fé, ó ignorando completamente la *vida*, los *antecedentes*, los *trabajos* y los *prodigios realizados* por el ilustre venezolano, ha podido pretenderse establecer un paralelo entre su gran personalidad, y la raquitica individualidad de Santos.

Dicen los párrafos de ese discurso, que los principales diarios de Madrid tuvieron la delicadeza de juzgar con hidalga bondad:

«Vamos ahora á Venezuela. Ustedes han oído, señores, el cargo que se me ha hecho sobre la parte de mi conferencia anterior, relativa á este hermoso pedazo de la tierra americana todo encanto, todo poesia, todo luz, con rios que juegan sobre lechos de ricas pedrerías, palmeras que parecen abanicos de esmeralda, agitados por brisa empapada en perfume de azahares, mujeres de estética belleza, y hombres de valor legendario; conjunto delicioso que en las peregrinaciones el viajero contempla con éxtasis supremo... ¡Bravo, bravo!»

He tenido miedo de decir, al hablar de esa tierra de las hazañas de su afortunado caudillo, que todo cuanto ha realizado en ella, ha sido en nombre de la *federacion*, del sistema federal de aquella República!!!

Esto es lo que se me dice.

¿De esto de lo que se me acusa!

Y bien: ni puedo, ni quiero admitir el reproche; porque como el otro, es injusto, infundado; ageno á la verdad histórica, y á lo que ha pasado en la patria hermosa del inmortal

Bolicar, que bien puedo llamarlo así, aquí donde se enaltece y glorifica el nombre, la memoria, la grandeza de todos los héroes de todos los tiempos y de todos los pueblos. (Aplausos.)

Lo he dicho ya al pasar, y lo vengo repitiendo en la prensa de España hace más de un año, en la serie de artículos que sin cesar consagro a Venezuela, a la que me ligan vínculos que no rompen ni la distancia ni el tiempo, porque son los de una eterna gratitud. ¡Bien bien! Antes que Guzman Blanco, de triunfo en triunfo y de victoria en victoria, llegase a la cima del poder en la tierra que meció su cuna, allí tampoco existía República federal ni unitaria: existía el caos más espantoso, la más sangrienta anarquía, un desgobernado más repugnante que el del *Bajo Imperio*; algo semejante a una noche de horrores, pasando sobre la frente abatida de un pueblo, que en medio de su impotencia, de su desesperación y su desgracia, llegó a creer que las sombras de aquella noche serían eternas, y que ya no brillaría para él ni un rayo de esperanza que le pudiese confortar en su infortunio. (Grandes aplausos.)

Aparece Guzman Blanco, como aparecen los hombres providenciales en las tempestades políticas de las naciones, como apareció en Italia el héroe fantástico de los mil: aquella especie de Cristo que en la tierra de los volcanes, de las artes y de la tradición, tuvo su Calvario, su Cruz y su Resurrección. (Grandes aplausos.) Congregó algunos patriotas, inflamó sus corazones llamándolos al cumplimiento de un deber austero; inculcó en ellos la fe que a él agitaba; corrió a los campos de batalla; dió una, dos, diez, y destacándose gallardo en medio del fuego, consiguió arrojar a los fariseos del templo, enarbolando la bandera de la libertad sobre el alcázar sangriento del último de los Mohicanos. (Prolongados aplausos.)

Era que sonaba para Venezuela la hora anhelada de su resurrección.

Eran las claridades del *nuevo día*, surgiendo de la sangre, de la barbarie y de una anarquía que parecía eterna...

Era la fe perdida, que recobraba su imperio en los espíritus, hasta entonces postrados y abatidos.

Guzman Blanco, no pierde un momento: ni se envanece con la victoria, ni duerme engreído sobre sus laureles.

Dueño de la situación, se contrae inmediatamente a la empresa árdua, difícil, verdaderamente titánica, de *construir, de levantar, de organizar*, de llamar a cuélelos los elementos dispersos de una sociedad, disueltos moral y materialmente, haciéndole comprender que sólo en el trabajo y en la paz podía encontrar el consuelo, el alivio, la reparación a los males de medio siglo de luchas, de orgía, de barbarie y desgobernado.

¡Qué obra la de ese hombre extraordinario!

¡Qué labor!

¡Qué perseverancia!

¡Qué voluntad de hierro para luchar contra todas las dificultades y vencerlas!

¡Qué fe inquebrantable para no desmayar ante la majestad de una tarea en que habían sucumbido muchos hombres y muchos partidos! (Bien, bien.)

Siete años ejerció el mando, y en ese *septenio*, — memorable en la historia de nuestra América querida, de esa América destinada en día no lejano a ser el pueblo a que lleguen todos los desheredados de la fortuna, — realizó verdaderos milagros, calmando las pasiones, desarmando los partidarios y anulando los prestigios de cuartel, fundando un Gobierno regular, estableciendo el imperio de la ley y el respeto a la autoridad; moralizando la administración, equilibrando los presupuestos, haciendo de las rentas del Estado *dineros del pueblo*, en vez de tesoros para repartir entre los favoritos; difundiendo la educación, construyendo templos y escuelas, caminos y puentes; creando los Parlamentos y los poderes judiciales, y en una palabra, *regenerando a Venezuela* en nombre de la libertad, del derecho, de la justicia, y de esa fecunda *moralidad política*, «sin la que» ha dicho Montes quien «no se consigue la felicidad de las naciones.» (Grandes aplausos y grandes aclamaciones.)

Y todo esto, tantos milagros, tantas conquistas, resultados tan sorprendentes y consoladores; en fin, *esta obra de Guzman Blanco*, ¿fue por ventura, como dice el articulista a quien estoy contestando, la obra exclusiva del *sistema federal republicano*?

No, señores.

Decirlo, es incurrir en otro error histórico que tampoco puedo consentir.

Disipado, el humo de los últimos combates, el regenerador de Venezuela no pensó sino en fundar el *Gobierno de la República*, sin perder el tiempo en discutir si debía ser *unitaria o federal*, comprendiendo que lo que es *perfeccionamiento de una institución política*, y más de esta magnitud, no se pretende realizar en una época embrionaria, en que, ante todo, hay que construir la base en que debe reposar el *edificio de la República* para entrar después en la adopción del sistema que más convenga a la índole, al carácter y al modo del país pues bien saben ustedes, señores, que no todas las instituciones son adaptables para todos los pueblos indistintamente, y que las que pueden convenir a unos, pueden no convenir a otros. (Bien muy bien.)

Y la prueba de esta prudencia en los procederes que deben usarse para organizar políticamente una nación, la tenemos precisamente en lo que ha ocurrido en la misma Venezuela y con el mismo Guzman Blanco.

Si, señores; y diré cómo y por qué, a menos que no esté

abusando demasiado de la galante atención con que ustedes me han escuchado hasta ahora. (Varias voces: No, no señor, siga V.)

Fatigado de aquella improba tarea el general Guzman Blanco necesitó reposo para atender a su salud quebrantada; y afianzada la paz en todo el país, resolvió dejarlo por algún tiempo.

Verdaderamente omnipotente, por el inmenso prestigio de que gozaba, lo puso al servicio de la candidatura del general Alcántara para que le sucediese en el mando, convirtiéndose al aceptarlo, y como era natural, en guardian celoso de su obra, la regeneración de la patria.

La simple elección de Alcántara, hecha por Guzman, hará comprender a Vds. que tenía en él plena y absoluta confianza.

Llegó el momento de nombrar presidente, y lo fué sin oposición alguna.

A los pocos días, el general Guzman Blanco se embarcaba para Europa, tranquilo y confiado, llevando, no sólo el juramento de fidelidad del amigo al que confiaba su tesoro — que así podía llamar a la situación por él creada en Venezuela, — sino lo que era más halagüeño para su espíritu y tranquilizador para su conciencia: *la seguridad de esa felicidad...*

¡Vana ilusión!

Quimera caprichosa, que no debía tardar en desvanecer la más negra de las perfidias, la más infame de las traiciones, la más sangrienta de las ingratitudes. (Sensación.)

Apenas Guzman se hubo alejado de las costas de su patria, el amigo le traicionó, Alcántara le volvió la espalda, y cebándose como los chacales sobre la presa, se cebó en la obra de su antecesor para destruirla, para derrumbar el edificio levantado durante el *septenio*, poner término a la moralidad administrativa, robarse las rentas del Estado, renovando aquellos días de luto, y vergüenza, y anarquía y desgobernado, y licencia, que parecían concluidos para siempre.

Pero Venezuela, la nación, el pueblo, no podían haberse cómplices de tamaña traición y algunos de los mejores amigos de Guzman Blanco, fieles a su antigua bandera, se lanzan a la revolución, al mismo tiempo que escriben al prestigioso caudillo pidiéndole que vuele a ponerse al frente de aquellas legiones armadas para dar en tierra con el traidor que estaba deshonorando la patria.

¿Qué había de hacer Guzman Blanco?

Eran sus antiguos compañeros los que le llamaban para salvar su propia obra, para castigar la traición y... no vaciló un instante.

Echando mano de su fortuna particular y haciendo uso de un crédito legítimamente adquirido en toda Europa, compró armas, y cuando sus enemigos le creían entregado a las *delicias de Capua*, abandonó su tranquilo hogar de París, dejó allí una familia que hace el encanto de su vida, y poniéndose bajo el amparo del ángel tutelar que tantas veces le había conducido a la victoria, se lanzó resueltamente al suelo de la patria, donde se le esperaba como a otro Mesías.

Esta nueva campaña no podía ser larga.

Apenas se supo en Venezuela que Guzman Blanco estaba en su territorio, el país se levantó como un sólo hombre para correr a formar al pie de una bandera, cuyo prestigio conocía, y renovándose la hazaña de César, el famoso caudillo americano *fue, dió y venció*. (Aplausos.)

En alas de una ruidosa victoria, en medio de las aclamaciones de un pueblo que por segunda vez asistía a las emociones de la *Resurrección*, Guzman Blanco entró en Caracas a tomar posesión del mando que la nación entera le confiaba, para emprender de nuevo la tarea de levantar al país de la prostración, del desquicio, de la anarquía, de la pobreza en que le dejaban hundido los malvados que durante dos años le habían estado profanando.

No puedo ni debo detenerme ahora a historiar los trabajos de este hombre extraordinario, en esta segunda época de su fecundo é inmortable gobierno porque la hora es avanzada y he abusado demasiado de la bondad de ustedes. (Muchas voces: no! no!) Pero concretándome a lo que por ahora me importa para contestar al articulista que me ocupa, diré: que en esta segunda época, Guzman Blanco aprovechando el fruto de sus últimos estudios durante los días de reposo que pasó en París, ha fundado el régimen federal, estableciendo en su país las instituciones suizas, con aquellas modificaciones que exigían la diversidad de carácter, de costumbres, de tradiciones y de modo de ser de la heroica de la noble nación venezolana que, perfectamente organizada hoy bajo el imperio de esas instituciones tutelares y de la más hermosa libertad, se presenta ante el mundo marchando a banderas desplegadas en el camino de la prosperidad y de la grandeza. (Grandes aplausos.)

En estos párrafos compendíabamos de una manera ligera la magnitud de la obra realizada por Guzman Blanco, citando hechos y acontecimientos de una verdad incontestable; y poniendo así de relieve, aunque con la premura que exigía una improvisación del momento, la figura de un hombre verdaderamente extraordinario; porque han sido, él, su prestigio casi fabuloso, la fuerza de su voluntad inquebrantable, una iniciativa, que en vez de desmayar ante los obstáculos, se engrandecía al contemplarlos; y su patriotismo, bajo todos aspectos recomendable, los que han realizado aquellos verdaderos milagros, arrancando de manos

de la anarquía y la barbarie un país que parecía condenado a desaparecer del haz de la Tierra.

¿Como es posible, entonces, midiendo la grandeza de esta obra colosal, establecer un paralelo entre Guzman Blanco — que regenera un pueblo — y la personalidad oscura y raquílica de Santos, que nada ha hecho en su patria que merezca ser mencionado como el fruto de la conquista de un gobernante idóneo y capaz?

Pero si es chocante y sangrienta la comparación que se ha pretendido establecer entre el más nulo de los gobernantes, y uno de los que más fama ha conquistado en América por las hazañas de su administración, es más ridículo todavía poner el nombre de Santos al lado del de Guzman Blanco al tratar de juzgarlos, no ya como políticos, pero como hombres de ciencia y de saber.

El talento, la ilustración, la gran competencia del ex-presidente de Venezuela, como literato y hombre de saber, no solo son conocidos en toda España, sino que le han valido en ella el más espléndido homenaje que haya alcanzado jamás literato alguno americano, pudiendo decirse que ese homenaje es la corona de verde laurel con que acaba de bajar de las alturas del mando, para venir a Europa a presentarla orgulloso, como el más hermoso de los trofeos que haya conquistado en medio de las turbulencias de su vida.

¡Y se ha pretendido comparar a Santos con Guzman Blanco!!

¡Proh pudor!

HÉCTOR F. VARELA.

COLON EN ESPAÑA

El libro que con ese título ha publicado recientemente el reputado escritor Rodríguez Pinilla ha descubierto tan nuevos horizontes en la accidentada vida de Cristóbal Colon y refleja tanta luz sobre los sucesos capitales y preliminares del descubrimiento de la América, que no resistimos a la tentación de reproducir los párrafos más salientes de la notable introducción con que encabeza el autor su importantísimo trabajo de crítica histórica.

Estamos seguros de que nuestros habituales lectores nos lo han de agradecer.

INTRODUCCION

I

Época de reparaciones la en que vivimos, tiene, entre otras muchas, la inmarcesible gloria de haber desagraviado ofensas, reparado olvidos, enaltecido y premiado, hasta donde posible era, méritos y servicios, que los contemporáneos pagaron con el desden, más de una vez con la cárcel ó con la cadena, y en más de una ocasión con el patíbulo ó la hoguera.

Entre los ilustres nombres, objeto de esas debidas reparaciones, suena, no en el estrecho círculo de una provincia ó de una nación, sino por los ámbitos del mundo, el ya glorioso nombre de Cristóbal Colon; y su nacimiento, su vida, sus viajes y sus descubrimientos han dado materia a biografías ó historias, pábulo a discusiones y a pleitos, argumento inagotable a odas y romances, a dramas y novelas sin cuento. Se le han erigido estatuas, se han levantado monumentos, se han reivindicado sus derechos al mérito y a la gloria del descubrimiento del Nuevo Mundo. Una sola cosa no se ha hecho, que a nosotros se nos antoja de grandísima importancia: después de haber estudiado el génesis y el valor de la idea que formó como la urdimbre de su vida, *examinar con ahínco y exponer con verdad el punto y la hora donde se tejó la tela*.

Porque sabemos, mal que bien, dónde y cómo surgió en su mente la luminosa idea de navegar al Ocaso para encontrar el extremo Oriente y la tierra del oro; dónde y como se elaboró y maduró el pensamiento, cuántos esfuerzos hizo el gran navegante por realizarle fuera de España, y el fracaso de sus primeras tentativas en Portugal. Pero desde su llegada a España, hasta el memorable día en que las tres afortunadas carabelas zarparon del puerto de Palos de Moguer, un tupido velo cubre, no ya la vida y los trabajos del descubridor, sino el proceso de su idea, de sus vicisitudes, de sus alternativas, de sus luchas por alcanzar el apoyo apetecido y absolutamente necesario para su realización.

Todo lo concerniente a la vida de Cristóbal Colon ha sido objeto de histórica y de científica curiosidad, con más ó menos detenido estudio; pero hay muchos hechos de aquella azarosa vida, y entre ellos los que tuvieron lugar en el período importantísimo de 1484 a 1492, todos los que se refieren a las contrariedades con que tropezó, a las luchas que sostuvo, a los apoyos valiosos que encontró en España y que determinaron el triunfo de su idea y la realización de su em-

presa, sobre los cuales, más bien que historia—permitásenos decirlo—se ha hecho novela.

Y no solamente son los acontecimientos de la vida de Colon en aquel período los que se hallan envueltos en oscuridad e incertidumbre, como observó ya muy atinadamente Alejandro Humboldt; es el orden cronológico de esos mismos acontecimientos. Las divergencias que sobre ello se encuentran en los autores antiguos, dice Prescott, son tales, «que hacen desesperar de que se pueda fijar con exactitud la cronología de las vicisitudes de Colon anteriores a su primer viaje» (1). La fecha de su llegada a España, el pueblo ó ciudad a donde se dirigió, las primeras puertas a donde llamó, los sujetos que primeramente le acogieron, le recomendaron y le dieron apoyo y protección... todo esta rodeado de incertidumbre y de oscuridad. Cuando acudió, y por qué medio, al Duque de Medina Sidonia; cuando le hospedó en su casa de Medina del Campo; quién le recomendó al cardenal Mendoza; cuando conoció a Alonso de Quintanilla, a Fr. Diego de Deza y a Luis de Santángel; cuando y cómo entabló relaciones con Fr. Juan Perz; quiénes le presentaron a los Reyes, y cuánto y dónde le dieron éstos la primera audiencia; cuando se verificó el suceso de la Rabida, asunto que se ha prestado a tanta novela y a no pequeños errores; quién era aquel Fr. Antonio de Marchena, a quien siempre tuvo el genovés de su lado, según el mismo declara, y lo confirma el autorizado testimonio de la reina Isabel... todo eso subsiste oscuro, indeterminado, envuelto en las nieblas de contradicciones y de equivocaciones sin cuento.

Pero todavía hay otro acontecimiento—y de inmensa importancia por cierto—que no sólo sigue envuelto en la niebla de la incertidumbre y la oscuridad, sino en los tenaces pliegues del error. Ese acontecimiento es el que se refiere a la consulta sometida por los Reyes al Prior del Prado, Fr. Hernando de Orozesa, y a las juntas celebradas por éste para evacuarla: *consulta y juntas* erróneamente confundidas con las célebres *conferencias de Salamanca*, sobre las cuales no ha llegado a hacerse verdadera luz, por efecto de aquella errónea y aún no desvanecida confusión.

A esos oscuros senos a donde, hasta ahora, no han logrado llevar la luz ni historiadores concienzudos, ni biógrafos eruditos de Cristóbal Colon, hemos llevado nosotros la linterna de la crítica histórica; y a favor del prolijo y atento estudio de hechos probados y de documentos auténticos, creemos haber encontrado la solución de los problemas que el distinguido y candoroso Prescott tenía por insolubles ó poco menos.

II

Es incuestionable que la vida del navegante genovés estuvo sujeta a vicisitudes sin cuento; que sus altas dotes, su valor y su fé fueron bien depuradas en el crisol de la desgracia. Pero si es cierto que le desdianaron los rivales, que le miraron de reojo los fanáticos, que se rieron de él los tontos y que le mordieron los envidiosos; si aun en la corte de los Reyes Católicos tuvo que luchar, no sólo con las dificultades de la situación—que era crítica por demás—sino con la incredulidad de unos, con la desconfianza de otros, y con la ignorancia del mayor número; también es innegable que en España encontró, desde los primeros momentos, adeptos entusiastas, protectores valiosos, fervientes cooperadores de su empresa, cuyos auxilios eficacísimos todavía no se han valorado con precisión, ni la Historia ha podido apreciar con exactitud.

Lote indeclinable del genio que osa ostentar en su mano la antorcha encendida en el fuego de una aspiración grandiosa, y señalar nuevos derroteros a la humanidad, el gran Colon sufrió amarguras sin nombre, y encontró en su camino obstáculos cuyo vencimiento, si es que no aumenta la importancia del triunfo, realza, indudablemente, el mérito del vencedor, a la vez que revela el gran temple de su alma y la elevación de su espíritu.

Pero si esto es cierto, lo es también que el genio vence obstáculos, arrolla oposiciones, arrebatada con su ferviente entusiasmo, y hace siempre prosélitos. Colon halló en su camino obstáculos que superar, oposiciones que vencer, é infinitas amarguras que devorar; pero la lucidez de su mente y la energía de su voluntad vencieron todos los obstáculos y triunfaron de todas las dificultades (2).

Era verdaderamente titánica su empresa; y aunque los tiempos la traían, y el curso de los sucesos la habían como preparado, el pasar sólo en ella se tenía entonces por utópico, y el acometerla, por más osado y temerario que pudo serlo en la antigüedad el viaje de los Argonautas en busca del Vello de oro. ¡Qué extraño, pues, que el desconocido navegante, *el hombre de la capa raída y pobre*, como dice Oviedo (3) encontrase en todas partes dudas, desconfianzas, vacilaciones y desdenes!... Lo extraño, ó por lo menos lo extraordinario, es que de todo triunfases su constancia, su energía y su fé inquebrantables.

(1) Prescott, *Hist. de los Reyes Católicos*, tomo II, cap. XVI, nota 19.—A de Humboldt, *Exam. crít. de l'Hist. de la Geog. du Nouv. Cont.*, tomo II, sect. 1.ª, página 107.

(2) «Lo que prueba más la elevación de los sentimientos y la nobleza del carácter de Colon, es aquella mezcla de fuerza y de bondad que en él advertimos hasta el fin de su vida, en la cual, durante catorce años de gloria, solamente seis ó siete pudo contar de felicidad—de 1492 á 1499.—Si alguna vez se veía abatido y embargado por la melancolía de sus místicas visiones, bien pronto se levantaba y recordaba aquella fuerza poderosa de voluntad y aquella claridad de inteligencia que son las fuentes de las grandes acciones»—A. Humb., *obr. cit.*, tomo III, pág. 343. (Edic. París-1837.)

(3) Gonzalo Fernandez de Oviedo, *Hist. natur. y gener. de las Indias*, etc., libro II, cap. IV.... «Pero como traía la capa raída ó pobre, teníanle por fabuloso soñador... por no ser conocido y extranjero.»

Grandemente ocupada y preocupada entonces la España cristiana con la titánica empresa de arrancar al Islam los últimos baluartes de su poderío de ocho siglos, y de poner término a la obra secular de la reconquista, Cristóbal Colon llegó a la corte acalante de los Católicos Reyes en la coyuntura más crítica, mas difícil, y por lo tanto, menos propicia para su colosal empresa. España necesitaba entonces armas, soldados, máquinas de guerra; y Colon llegaba como un hombre oscuro, y sólo la ofrecía una idea. ¡Cuán brillante tuvo que ser esta idea! y cuán grandes y animosos el pueblo y el gobierno a quienes se ofreció, para que en aquella coyuntura, la prohibásemos!

Colon llegó a España cuando se hallaba convertida toda ella en un campamento, empeñada en su perdurable lucha, y en visperas de una gran batalla. ¡Qué extraño que sus primeros pasos y su misma persona pasaran como desapercibidos para analistas é historiadores! ¡Qué extraño que, si de él se ocupaba alguno, le mirase, por de pronto, como un aventurero ó como un visionario! Y, sin embargo, fué entonces, fué en

Aquel campamento, en que se preparaban los últimos triunfos de la Cruz sobre la Media luna, perseguidos en una lucha de ocho siglos, lucha que había dado temple de acero a los caracteres, vigorizado las almas y ennoblecido los sentimientos a impulso del entusiasmo que produce la fé y del valor que engendra el patriotismo, fué para Colon un gran espectáculo y una garantía para la realización de su empresa. En aquel campamento se fortaleció su fervoroso espíritu; comprendió que aquél era su elemento; que aquel ambiente era favorable al desarrollo y al éxito de sus planes; y no se engañó. Allí encontraron esos planes fervientes partidarios, decididos y enérgicos cooperadores; y con su apoyo y auxilios los realizó. Entre tanto vivió como envuelto en el torbellino de los grandes acontecimientos que agitaban a España y embargaban los ánimos de todos los españoles. Y después...

Lo grandioso del éxito obtenido, los portentos y maravillas de las tierras descubiertas, portentos que exageraba la imaginación; no sólo del descubridor, sino del público, las esperanzas que el admirable descubrimiento despertara, los deseos y apetitos que acarició, las pasiones que encendió los hechos mismos a que dió origen, muchos, de ellos heroicos, algunos tiránicos, sangrientos no pocos, embargaron de tal modo los ánimos, que nadie volvió a pensar en los trabajos del laborioso parto, nadie se volvió a acordar de las dificultades que habían tenido que arrostrar y de las luchas que habían tenido que sostener el descubridor y sus partidarios; nadie más que él y su hijo Hernando se volvieron a acordar de las vicisitudes por que había pasado y de las amarguras que había tenido que devorar el hombre *de la capa raída y pobre*, antes de llegar a ser Almirante, Visorey y Gobernador de las Indias Occidentales.

Época de grandes acontecimientos y de fuertes impresiones, todo contribuyó a que pasara la del descubrimiento con rapidez vertiginosa; todo contribuyó a que se olvidara el laborioso parto, a que se desconocieran los trabajos que prepararon el suceso, y a que no se apreciaran en el debido mérito y las altas prendas del descubridor.

La importancia de los descubrimientos que se sucedieron rápidamente desde el año 1492, tales como la llegada de Vasco de Gama a Calcuta, cuyas consecuencias se hicieron sentir en el comercio del mundo más prestamente que la lenta acumulación de los metales preciosos de América; los trabajos de Cabral y de Solís, el descubrimiento del mar Pacífico por Vasco Nuñez de Balboa, siete años después de la muerte de Colon, apartaron de él la atención y el interés públicos, haciendo que casi se olvidara aquel que había dado el primer impulso a tan maravillosas empresas. La fama artificial de Vesputio, las proezas de Hernán-Cortés, las sanguinarias conquistas de Pizarro, absorbieron todo el interés de la Europa comercial, sobre todo después que el aumento de la plata, efecto del descubrimiento de las minas del Potosí y de Zacatecas, hizo triplicar el precio de los cereales y cambió súbitamente todos los valores nominales. Los conquistadores, como dice bien A. Humboldt, de unos países tan ricos en metales preciosos, borraron poco a poco la memoria de aquel que les había enseñado el camino.

Sólo así se concibe que compañeros mismos de su empresa, testigos de sus relevantes cualidades y de sus virtudes, en lugar de tributarle elogios a que era grandemente acreedor, se convirtieran, no ya en émulos de su gloria, sino en irreconciliables enemigos de su persona, de su autoridad y de sus proyectos. Los celos y el despecho hieren de muerte al valeroso Martín Alonso Pinzón, compañero de su glorioso primer viaje; Roldán y Mogica se le rebelan; Hojeda le hostiliza; los hermanos Porras le calumnian; el obispo Fonseca y D. Juan Soria le hacen una guerra insidiosa; y Bobadilla le prende y le encadena (1).

Los historiadores de la época de Cristóbal Colon, si se exceptúan su hijo D. Hernando y Fr. Bartolomé de las Casas, le desconocieron y casi pugnarón por menguar sus méritos y su gloria. Los de nuestra época le han desfigurado á fuerza de exagerar aquellos méritos y de sublimar su gloria. Ya ve-

(1) La enemiga de Fonseca contra Colon hubo de acrecentarse por efecto de un error que impetuoso del genovés, el cual en un momento de acaloro dió un puntapié á un judío, ó moro converso, llamado Ximeno de Briñesca, comensal ó protegido del poderoso obispo de Badajoz, Juan de Fonseca. Ocurrió este hecho antes de marchar Colon á su tercer viaje. Y haciendo alusión á ello, dice Hernando Colon: «que preso el Almirante, el piloto Andrés Martín debía entregarlo á D. Juan Fonseca: dando á entender que con su favor y consejo ejecutaba Bobadilla todo aquello la prisión y los grillos.»

remos más adelante que sus paisanos Pedro Mártir de Angleria y Lucio Marineo Siculo, que lo conocieron y debieron tratarle, el uno le apellidó un *Quidam*, y el otro le llama Pedro Colon (1).

aquella época, en aquellos momentos, cuando más encarnó la idea en la mente del atrevido navegante: cuando esa idea se convirtió para él en luminoso faro, en ardoroso empeño, en fé ardiente, en apostolado triunfante; fué entonces cuando ganó á su idea partidarios fervorosos, protectores de gran valor, corazones entusiastas, espíritus levantados y animosos, que le ayudaron a superar todo género de obstáculos y a vencer dificultades, que se tendrían en todos tiempos por invencibles, y que lo habían sido hasta allí en otras partes.

Angleria, que residió en Valladolid del 10 de Febrero al 26 de Abril de 1506, cuando Colon se hallaba ya en el lecho de muerte, ni siquiera hace mérito de ello en sus cartas, preocupado con el naufragio del Archiduque de Austria y con las querellas entre éste y su suegro don Fernando, con las revueltas de Castilla y las glorias de Cisneros.

Marineo Siculo llega hasta olvidar el verdadero nombre de Colon. Y ese desleído olvido del grande hombre fué en aumento durante toda la primera mitad del siglo XVI.

Acosta, Gomara y el inca Garcilaso inventan ó apadrinan la fábula del piloto Alonso Sanchez. El portugués Juan Barros le denigra llamándole *hablador*. Páris y Sousa refiere lo de la famosa estatua ecuestre sobre la *montaña del Cuervo* (isla del Cuervo, en Las Azores), con la mano izquierda asida las crines del Caballo, y con la derecha señalando al Poniente.

Gomara recuerda los indios del proconsul Quinto Metellus Celer, de que hace mérito Cornelius Nepos, y dice con marcada intención: «Si ya no fue en de Tierra del Labrador y los tuviese (los romanos) por indios, engañados por el color» (2).

Por último, el mismo Herrera, el discretísimo Antonio de Herrera, dice: «que la opinión de encontrar, en una navegación de pocos días por el Occidente, la parte oriental de la India, fué confirmada á Colon por su amigo Martín de Bohemia, portugués natural de la isla de Fayal, gran cosmógrafo» (3).

Las prosperidades de Colon, dice Humboldt, fueron de duración cortísima; apenas si gozó en su larga carrera seis ó siete años de contento y de dicha; vivió demasiado tiempo entre los hombres para que dejase de probar con amargura lo que para ellos tiene de importuna la superioridad y lo difícil que es ilustrar uno su vida sin experimentar grandes angustias y sin perder su reposo. Cristóbal Colon, como Hernán-Cortés, y como el inglés Raleigh, han probado á su costa que el genio no reina más que sobre el porvenir, y que es muy tardío su poder (4).

Tan cierto es que en todos tiempos y lugares, ora se trate de descubrimientos geográficos ó ya de invenciones en las artes, ó de las grandes concepciones en las ciencias y en las letras, la historia, de la humanidad nos presenta el mismo fenómeno.

«Se comienza primero negando la posibilidad del descubrimiento ó la exactitud de la concepción; después se niega su importancia, y más tarde, su novedad. Son efectivamente tres grados de una duda que templó algo los disgustos causados por la envidia; cierta especie de moda cuyo motivo es ordinariamente menos filosófico que la discusión que á su pesar provoca; moda que trae su origen de más lejos que el de aquella *Acemia dei Dubiosi*, que de todo dudaba menos de sus propios decretos»

El autor del *Ensayo sobre las costumbres y el genio de las naciones* dijo ya, con mucha oportunidad, «que cuando Cristóbal Colon prometía un nuevo hemisferio, se le contestaba que no podía existir; y cuando le hubo descubierto, se dió en sostener que era ya conocido de mucho tiempo antes» (5).

La extremada reserva que imponían al Almirante sus desconfianzas y su carácter suspicaz (6), el secreto peculiar de la diplomacia de nuestros monarcas, la circunstancia de ser extranjero el descubridor, y como él mismo reconocía, la de los celos que despertaba el éxito de su empresa, contribuye-

(1) L. Marineo Siculo. *De Rerum memorabilium*, f. 191.

El pasaje de L. Marineo es digno de transcribirse, aunque no sea más que para manifestar en qué equivocaciones tan crasas puede incurrir un contemporáneo en la relación de sucesos que, por decirlo así, han pasado á su propia vista. «Los Reyes Católicos, dice, habiendo sujetado las Canarias y establecido en ellas la religión cristiana, en viaron á Pedro Colon con treinta y cinco naves de las llamadas *carracas* y gran número de hombres á otras islas mucho más lejanas, abundantes en minas de oro; pero no tanto en busca de oro, como para procurar la salvación de los pobres gentiles, sus naturales.»

(2) «Se asegura, dice en otro lugar de su historia el mismo Gomara, que en tiempo del emperador Federico Barbaroja aportaron á Lubeck ciertos indios en una canoa» Gomara, *Hist. de las Indias*, fol. VII, edic. Zaragoza (1533).

(3) Herrera Decad. I, lib. I, cap. II.

(4) Humboldt, *Exam. crít. de l'Hist. de la Geog.* tom. IV, sec. 2.ª

(5) Voltaire *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*.

(6) La serie de persecuciones y de contrariedades que tanto anagaron el alma de Colon en los últimos seis años de su vida acrecentó necesariamente en él aquella circunspección y aquella cautela propias de su carácter, en el cual se descubría la índole de su país nativo. El mismo reconocía y solía decir, que su posición ofrecía tres dificultades casi insuperables: «la de tener que estar alojado de la corte, la de ser extranjero en el país al cual quería servir y la de los celos que provoca el gran éxito de su empresa.» Confirman esto mismo su hijo D. Hernando (*Hist. del Almirante*), Humboldt (*Exam. crít.*), Bernaldez (*Reyes Católicos, cap. CXXXI*), y Las Casas (*Mss.*, lib. I, capítulo CLVII).

ron poderosamente á que un denso velo envolviera por de pronto el brillo de su nombre y la gloria de su triunfo.

A todas esas causas se reunieron otras que provocaron censuras amargas, enemistades terribles, llegaron hasta concitar contra él la animadversión del pueblo. «Eran tales por entónces (1496) la disposición de los ánimos en Granada y el odio contra lo que se llamaba *régimen tiránico de los ultramontanos* en Haití, que los parientes de los conquistadores se reunían en el patio de la Alhambra para gritar, cuando pasaba el Rey, *pagad, pagad*. «Mi hermano y yo, dice don Hernando, que éramos entónces pajes de la Reina, nos veíamos á menudo insultados por el populacho: ¡mirad esos mosquetillos decían esos hijos del Almirante, que ha hallado tierras de vanidad y engaño, que sólo sirven para tormento y sepulcro de los hidalgos castellanos!» (1).

TOMAS R. PINILLA

EL BRIGADIER DON JOSE APARICI

APUNTAMIENTOS BIOGRÁFICOS

(Continuación)

Antes de todo nos apresuramos á vindicar la memoria literaria del Sr. Aparici de una censura lanzada por cierto escritorillo, *de la familia de los roedores*, como dice D. Ramon de Campoamor, que en un artículo, de estos en que las cuestiones más profundas se pretenden resolver con un chiste más ó ménos agudo, y *ménos ó más insolente*, se permitió afirmar que el autor que había dicho que para escribir la historia de la milicia española se necesitaba otra cabeza y otra pluma mejor cortada que la suya, debía cortarse, no la cabeza, pero sí la mano antes de tomar la pluma para redactar un escrito destinado á ver la luz pública. ¿Y quién le dice al severo crítico que toda su censura no se funda en una errata, en lo que se llama *un salto* entre las gentes de imprenta?

Bien pudo escribir el Sr. Aparici. «Esta tarea... necesita otra cabeza más inteligente y otra pluma mejor cortada que la mía;» y si se saltaron las dos palabras subrayadas, resultó la frase que sirve de ocasión al ingenioso retruécano del ingenioso crítico.

Nosotros recordamos que en la biografía del inolvidable Villamartin, que vió la luz pública en la *Revista Europea*, escribimos aludiendo á las contiendas políticas, que un poeta dramático había dicho:

«... En batallas tales
Los que vencen son leales,
Los vencidos, los traidores.»

Una errata transformó dramático en contemporáneo, y apareció consignado en letras de molde, que nosotros creíamos que el autor de *La vida es sueño*, en cuya obra dramática se hallan los versos citados, era un poeta del siglo XIX.

Pero supongamos que no hubo errata, supongamos que D. José Aparici escribió la frase de su *Informe* del mismo modo que apareció impresa; concedamos aún más, concedamos que el estilo literario del *Informe* no es inmejorable; pero adviértase que su autor manifiesta repetidas veces que escribe en cumplimiento de superior mandato, y que el propósito que guía su pluma se reduce á dar cuenta de los documentos que había examinado durante el tiempo que se hallaba desempeñando la comisión de reunir datos para la historia de la fortificación y de los ingenieros españoles.

Con laudable modestia dice el Sr. Aparici dirigiéndose al ingeniero general, excelentísimo Sr. D. Antonio Ramon Zarco del Valle:

«V. E. dispensará... el mal lenguaje y demás defectos inherentes á mi falta de costumbre de escribir sobre esta clase de objetos, garantizando mi atrevimiento el precepto de V. E. y mi deseo de obedecerle.»

Aún pudiera añadirse que en los escritos de índole puramente erudita, lo más importante es la acumulación de datos históricos y de noticias interesantes y poco conocidas; despues la ordenada exposición de estos datos y noticias, y en último término la necesaria claridad de la frase para que no pueda dudarse jamás de lo que el autor quiso decir; y todas estas condiciones se hallan en el *Informe* del Sr. Aparici: *Informe* cuya utilidad para el conocimiento de datos y noticias acerca de la historia militar de España, es de todo punto evidente; y conseguido este fin, que es lo esencial en un escrito de la clase á que pertenece el opusculo del Sr. Aparici, cabe recordar, como su autor lo hace con otro propósito, aquel dicho de Fe-

dro, de fácil aplicación al caso en que ahora nos ocupamos:

Nise utile est quot facimus, stulta est gloria.

El ilustre conde de Buffon ha dicho que *el estilo es el hombre*; pero esta frase no puede significar que el estilo representa la personalidad entera del autor; porque como acertadamente dice un escritor de nuestros días, «las fábulas morales de Lafontaine no descubren al *fabulero* de la duquesa de Brui-llon y amigo de Ninon la cortesana; los artículos festivos y humorísticos de Larra no revelan al hombre atormentado de perpétua melancolía; ni las elegías de Gallego á la duquesa de Frias y á la reina Isabel de Braganza, dicen nada del carácter jovial del gran poeta.» Sin embargo, de estas observaciones del marqués de Molins, citadas en un estudio crítico de D. Miguel Gutierrez, es lo cierto que el estilo refleja siempre algunas cualidades de la inteligencia y del carácter del escritor; y así, fijando nuestra atención en el *Informe* del Sr. Aparici, claramente se comprende que su autor más se preocupa de presentar gran número de noticias históricas, que ataviar su relato con primores retóricas. Procura el Sr. Aparici cumplir con su deber de colector de datos para la historia de la milicia española en general, y más especialmente para la historia del Cuerpo de ingenieros militares, sin curarse para nada de la fama que pudiera alcanzar como escritor didáctico, y hasta esquivaba la ocasión de adquirir la, puesto que al finalizar la primera parte de su *Informe* así lo manifestaba, escribiendo estas palabras: «Me he separado en la narración de la parte histórica general... para no privar á los que están trabajando sobre esta materia de la gloria que merezca su laboriosidad y constancia.»

Desinteresado propósito de contribuir al progreso de los conocimientos histórico militares, tal es el rasgo del carácter del brigadier Aparici, que se halla patente en todas las páginas del *Informe sobre los adelantos de la Comisión de Historia en el Archivo de Simancas*. Sin duda que este propósito de cumplir fielmente con su deber honra más al autor del *Informe*, que la fama de atildado retórico que hubiera podido adquirir empleando su inteligencia en limar frases y aguzar conceptos, tarea infecunda para el progreso de la ciencia, pero muchas veces provechosa para los que en ella pierden el tiempo, ganando fama de estudiosos y de inteligentes.

VI

El *Informe* del Sr. Aparici consta de tres partes; en la primera se ocupa de la historia de las llamadas impropriadamente armas generales, infantería y caballería, desde los comienzos de la organización de los ejércitos modernos; en la segunda trata de la artillería española desde su origen hasta principios del siglo XVII; y en la tercera de los ingenieros españoles del siglo XVI.

¿Cuántas ideas se agolpan á la mente al leer los datos para la historia de la milicia española que se hallan en el *Informe* del brigadier Aparici! Allí aparece en los primeros albores de la organización militar de España, la *Compañía de los cien continos*, creada por D. Alvaro de Luna, cuyo talento político ya presentaba en el siglo XV la necesidad de la institución del ejército permanente, como medio de concluir con el poderío de los señores feudales. Despues se organizan las compañías de *continos* ó *continuos* de la Casa Real, que aún existían en tiempo de Felipe II; pero donde se halla el germen del ejército organizado al uso moderno, es en las tropas de la Hermandad ó de la Santa Hermandad, en aquellos *cuadrilleros*, que andando los tiempos quizá degeneraron tanto que Don Quijote les llamaba *ladrones en cuadrilla*, que no *cuadrilleros*; bien que como era un loco el que así hablaba, no pueda asegurarse hasta qué punto sus palabras eran verdadera censura ó desvarío de su pensamiento.

En la *Ordenanza* que hicieron los reyes católicos para la buena gobernación de la gente de sus guardas, artillería y demás gente de guerra y oficiales de ella el año 1503; en la segunda *Ordenanza* de los guardas de 1525; y en la tercera *Ordenanza* de 1551, se vá observando el crecimiento del organismo militar, y el Sr. Aparici sigue paso á paso la historia documental de la formación del ejército, que viene á auxiliar á los reyes en su obra de abatir las instituciones feudales y levantar sobre ellas la unidad del poder monárquico.

Dos adiciones que se hicieron á la *Ordenanza* de 1551, cuatro años despues de su publicación, intro-

dujeron notables variaciones en la instrucción militar en ella prescripta, y establecieron las primeras reglas para la remuneración de los inutilizados en el servicio de las armas.

Notable es un informe del doctor Velasco acerca del estado militar de España por los años de 1571; documento histórico que el Sr. Aparici extracta con bastante detenimiento. El doctor Velasco aún defendía la superioridad de los ginetes sobre los infantes. Más importante aún que el informe del doctor Velasco es la carta de Hernan Perez, dirigida al cardenal Jimenez de Cisneros. Hállase en esta carta la afirmación de que los oficiales de guerra «leben ser examinados, é saber de qué manera pueden servir, é saber la razón de su oficio; porque de otra manera non se puede decir homes de guerra; y para esto parecióme que era bien poner estas preguntas ó capitulos, para que el que dieren razón dellas, pudiese servir en este arte y creerse claramente home de guerra; y porque veo que en todos los oficios son examinados los oficiales, para usar dellos como oficiales; non se cual es la causa porque en este non se examinan, siendo de tanta honra é peligro, que claramente se puede decir Oficio Real, porque con él se sostienen y acrecen los reinos.»

Para dar una idea de las preguntas formuladas por Hernan Perez, copiaremos aquí algunas de ellas, que dicen así:

«Lo primero conviene saber qué cosa es guerra é por qué fué fundada, qué es lo que en la guerra se contiene, para qué fué fecha é qué condicion tiene.»

«Lo segundo qué condicion ha de tener el home de guerra; qué tal ha de ser su vida; en qué ha de dispendir el tiempo.»

«Lo tercero qué cosa es ser capitán y la manera que ha de tener en su oficio; qué forma y manera ha de tener con la gente de su cargo; de qué modo la ha de gobernar, de forma que claramente se pueda decir capitán.»

«¿Qué cosa es artillería, para qué fué fecha cada pieza y de qué sirve?»

«¿Qué cosa es home de armas y de qué sirve en la guerra?»

«¿De qué sirven los caballos ligeros?»

«¿Qué forma ternán 20 homes de pelear con 100, para que los 20 venzan á los 100?»

«¿Qué forma se terná para que en todo el reino se haga gente de guerra sin costa ó dineros del Rey, que sea hábil en tirar con escopeta é saber manejar una pica, que es lo que ahora se usa?»

«¿Qué manera terná de escalar á vista de los enemigos una muralla que fuese alta, ó castillo ó ciudad, aunque el foso sea lleno de agua; y como defenderán (*impedirán*) que los enemigos defendan la escalada sin ofenderles; que tales han de ser las escalas para que puedan subir tres homes por ellas á la par, armados; é cual es mejor escalar por la muralla ó por la torre?»

«¿Qué forma se terná para hacer una mina que sea justa, para que no espire por ningún cabo, salvo que obre la mina?»

«¿Qué forma han de tener los que están dentro de una ciudad é minando los de fuera, puedan hallar por donde minan é que non les haga la mina perjuicio?»

«¿Qué forma se ha de tener para hacer una puente que no esté sobre botes, ni barcas, ni maderas, y pueda pasar artillería?»

«¿Qué forma se ha de tener para que cuando la gente de ordenanza vaya caminando de cinco en cinco, ó de nueve en nueve, y está á un tercio de legua del enemigo y veaga á romperlos, que los encuentre hechos escuadrones, como si se tardase un día entero en ordenarlos?»

«¿Qué forma se terná para tomar un castillo que non se puede minar, ni batir con artillería, ni escalar?»

«¿Qué forma han de tener los cercados para avisar á sus amigos de la necesidad de ser socorridos, é que los enemigos no lo vean ni entiendan?»

«¿Qué forma se terná para tomar el alto de una torre sin medillo?»

«¿Qué forma se terná de tomar el ancho de un río sin medillo?»

Además de las preguntas que de copias acabamos, hay otras varias referentes á táctica, armamento y administración del ejército, y así es que el Sr. Aparici escribe lo siguiente con muy acertado juicio:

«Estas son las preguntas que contiene este curioso documento, sobre cuyo contenido me abstengo de hacer más observación, que tanto en aquel tiempo como en el presente, bien podia considerarse militar y

[1] Colon Hist. del Almirante, cap. LXXXV.

hombre de guerra al que pudiese contestar satisfactoriamente á todas ellas, y supiese ejecutar las operaciones que abrazan.»

Curiosas noticias acerca de la organizacion de los Tercios, y de la significacion de los empleos militares, conocidos con los nombres de *Maestre de Campo*, *Coronel* y *Mariscal de Logis*; datos históricos acerca de lo que en aquellos tiempos se entendia por *Lanzas de los grandes señores y prelados*, *Hombres de armas*, *Lanzas de la caballeria de cuantia de Andalucía y Murcia*, *Lanzas de acostamiento de los Comendadores de las Ordenes Militares*, de la *Nobleza y de las ciudades*; reseña del estado de la cría caballar y de las disposiciones que se dieron para protegerla, por los Reyes Católicos y sus inmediatos sucesores; y, por último, una extensa noticia histórica cuidadosamente documentada, de la organizacion de la infantería que entonces se hallaba en España; hé aquí lo que constituye la introduccion, digámoslo así, del *Informe del Brigadier señor Aparici*.

Todo lo que hasta ahora hemos apuntado acerca del *Informe*, se refiere al origen del llamado ejército permanente; y como todo lo humano comienza con oscuridad y confusion, en el principio de las cosas falta siempre la experiencia, que es la gran maestra de la vida, resulta que el interés de estos conocimientos es puramente especulativo; pero sucede lo mismo con las noticias que de seguida presenta el señor Aparici, en las cuales ya se hallan enseñanzas de aplicacion conveniente al organismo actual de las instituciones militares.

Los documentos referentes á la creacion del ejército que bajo las órdenes del Duque de Alba fué á Portugal á sostener los derechos de Felipe II, y otros documentos semejantes relativos al ejército mandado por D. Alonso de Vargas, que fué á Aragon con motivo de las alteraciones ocasionadas por el asunto del secretario Antonio Perez, dan una exacta idea de la organizacion militar de España en los últimos años del siglo XVI.

Es curioso el artículo tercero de la instruccion dada á Don Alonso de Vargas, que dice así:

«Que nadie pudiese llevar mujer como no fuese propia y legitima, con quien estuviese casado y *velado*; que todas las demás que fueren en el ejército fuesen públicas y comunes á todos, no pudiendo exceder en cada compañía de *ocho por ciento*, so pena de ser azotadas y quitarles la ropa.»

Estas *ocho mujeres por ciento*, segun las disposiciones legales de la época, tenían asignado su lugar táctico en marchas y maniobras. Así el católico Felipe II condenaba el amancebamiento y autorizaba la prostitucion. Bien es cierto que el catolicismo del *DemONIO del Mediodía*, segun la calificación de los herejes luteranos, respetaba mucho las debilidades y las pasiones humanas, aunque fuesen pecaminosas; y así, cuando un Papa condenó las corridas de toros, diciendo que eran *diversion más propia de fieras que de hombres*, Felipe II no vaciló en emplear su poderosa influencia para conseguir que se levantase la excomunion que impedía se verificasen las fiestas taurinas. El fanatismo del fundador del Escorial tenía más de político que de religioso.

Nos habíamos propuesto extractar todas las noticias sobre organizacion militar y ciencia de la guerra que se hallan en el *Informe* del Sr. Aparici, pero nos vemos obligados á desistir de tal propósito por la desmesurada extension que alcanzaria este escrito, dado el número y la variedad de los asuntos de que tendríamos que ocuparnos.

Con pena renunciamos á indicar algo de lo mucho que habria que decir de los inventores y tratadistas de artillería y de ingeniería militar, que florecieron en España durante el siglo XVI. Acerca de algunos de estos insignes y olvidados militares, se hallan interesantes noticias en el *Informe* del brigadier Aparici; pero por el motivo antes dicho, dejamos para otra ocasion más oportuna la tarea de dar á conocer en su totalidad el escrito del inteligente comisionado en el Archivo de Simancas. Creemos que lo ya expuesto es suficiente para que se comprenda su valer como obra de erudicion, y su utilidad como coleccion de datos para la historia de la milicia española.

LUIS VIDART.

(Concluirá.)

LA UNION HISPANO-AMERICANA

(Continuacion)

Desde que Colon se dió á los mares y recorrió todos los países hasta entonces conocidos, adquirió la idea de

que por el Occidente podria llegarse á Asia sin necesidad de cruzar tan gran extension de terreno. Es indudable que si se hubiese pasado el Cabo de Buena Esperanza algun tiempo antes que cuando se realizó, el descubrimiento de las Américas Dios sabe cuánto se hubiese efectuado, porque todas las naciones comerciales buscaban el camino más corto para llegar al Oriente: objeto de muchas tentativas fué el pasar la parte S. del Africa; mas los navegantes encontraban siempre obstáculos insuperables, ya por los muchos y fuertes temporales, ya por otras circunstancias, lo cual fué un bien, no solamente para Colon como iniciador del viaje occidental por el grande Océano, sino tambien para la humanidad por el retraso en que la hubiese sumido, y en especialidad á España, que tuvo en este hecho un gran apoyo para el sosten de unas guerras extranjerías, en las que le hacia falta mucho gasto de hombres y dinero, como la misma reina dijo al eminente genovés, no solamente para este reinado, sino tambien para los de Carlos I y Felipe II y toda la Casa de Austria, pues sabido es la multitud de guerras que sostuvieron con las potencias extrañas.

Colon, que como hombre instruido habia leído mucho, y con especialidad á Ptolomeo, seguia la escuela de éste y, por lo tanto, creia en la esfericidad de la Tierra.

Con este objeto único pasó á Portugal, país de los grandes descubrimientos, y allí entró en relaciones con el eminente astrónomo Toscanelli, quien, como Colon, creia en que la parte oriental del Asia encontrábase á corta distancia de la occidental de Europa. Como vemos, estos eminentes hombres científicos consideraban á la Tierra en una tercera parte más pequeña, puesto que entre el país de las especias, como se llamaba al Asia, y entre las costas de Inglaterra, Francia, España y el Africa no creian que hubiese otra cosa que el Atlántico, y para esto, mucho más pequeño que lo que en realidad es; así se comprende la gran sorpresa de Cristóbal Colon cuando su primer viaje: veia que las horas pasaban, los dias trascurrían, y superaba en mucho la distancia entre el Japón y la Europa (1).

Colon en Portugal adquirió datos, ya de unos, ya de otros, resultando, que parecia que el gran Océano traía sobre sus aguas, bastantes veces, unos trozos de madera toscamente labrados, y hay quien aseguró que venian á las costas portuguesas unos juncos de gran tamaño y cual si hubiesen sido recientemente arrancados de la tierra donde nacieron; esto nos parece un absurdo, porque, aun cuando fuese cierto que esos juncos llegasen hasta nosotros desde países desconocidos, hubiesen llegado quebrantados, aunque verdes, á causa de verse constantemente azotados por las aguas.

Todo esto supo el genovés, y con ello acentuó más y más su propósito sobre la navegacion hacia el Occidente, para lo cual el eminente marino pidió auxilio al rey de Portugal Juan II, quien hizo reunir el Consejo de sábios, que desechó sus proposiciones; y encontrándose en litigio en dicho Consejo D. Pedro Meneses y el obispo Calzadilla, prevaleció la opinion de éste.

Tal decision de Juan II de Portugal, cuyo espíritu era sumamente dado á la navegacion, pero cohibido por sus sábios, indignó á Colon, quien abandonó la corte portuguesa por el año de 1484. La decision del Consejo se debió al obispo de Ceuta, quien propuso á S. A. que mientras Colon anduviese entretenido en estas cosas, enviase un buque en busca de los países asiáticos por el rumbo que el genovés habia marcado de antemano.

La mano de Dios en todo se halla, y aquí castigó el orgullo de un soberano al querer llevarse la gloria y provecho de un hombre sencillo, de talento, y cuya alma era tan grande, que no cabia en el mundo que él descubrió: la carabela portuguesa se dió á la mar; mas como los que la tripulaban no eran Colon, el miedo, juntamente con la inexperiencia y la tempestad, hizo que, despues de algunos dias de navegacion, regresase á Lisboa.

Como más arriba hemos expuesto ya, cuando abandonó Colon á Portugal dirigiéndose á España, envió á su hermano Bartolomé á la corte del rey de Inglaterra. Colon salió de Lisboa de noche, á causa de que hacia tiempo á Don Juan II le daban unos mareos sanguineos como en 1483 en que mandó degollar, con gran sorpresa de todo el reino, á su cuñado el duque de Braganza, y en 1484 hizo lo mismo con el duque de Viseo, D. Diego, obispo de Evora, y otros muchos caballeros, entre ellos al hermano del obispo de Evora, D. Pedro de Meneses, y de aquí la marcha de Colon con su hijo en union de muchos nobles.

Es casi indudable que Cristóbal Colon debió venir á España en el año de 1484. Ahora bien; algunos autores dicen que cuando desembarcó en Huelva, hambriento, llevando de la mano á su hijo en busca de pan, el que le dieron en el convento de la Rábida, fué en 1484; y otros dicen que no fué en dicha época, sino en el año de 1491 (2); nosotros estamos al lado de Pinilla, porque ya

santo de qué iba Colon á dejar su hijo en un convento completamente desconocido para él y en un momento tan angustioso como nos lo pintan los historiografos del almirante? Debí ser en 1491, cuando la reina Doña Isabel se hallaba en Santa Fé en campaña contra Boabdil, rey de Granada.

D. T. R. Pinilla dá la razon de cómo se verificó la entrevista de Colon y Fray Juan Perez, prior del convento de la Rábida, y dice así: «La visita, que fué casual ó intencionada por parte de Colon, era la única que hasta entonces habia hecho al convento. Posible es que de oídas conociese al confesor de la reina; posible y más que posible es que, más que á encontrar y verse con su cuñado *Muljar*, Colon se propusiera buscar en el prior de la Rábida, confesor de la reina, un auxiliar y un nuevo protector de su proyecto y de sus pretensiones.»

Colon no pudo nunca ir porlirseando, puesto que tenia una ilustracion que proporcionaba los medios de subsistencia, con la construccion de cartas geográficas y esferas terrestres, y mucho ménos puede creerse semejante cosa, cuando sabido de todos es que el duque de Medinaceli le tuvo en su casa, y antes de su llegada á España sostuvo correspondencia con los principales títulos de Castilla; luego vemos que es un imposible que el genio de aquellos tiempos tuviese que pedir pan y agua para su hijo y aun para sí propio. Colon, á su llegada á España, es indudable que traía conocimientos con algunos títulos de Castilla, y una prueba de ello es que se dirigió al muy poderoso duque de Medinaceli, á quien no le pareció bien ni el proyecto ni el mismo Colon, el cual buscó recomendacion para el duque de Medinaceli, el que acogió con entusiasmo tal idea, y él mismo estaba presto á armar las carabelas que fuesen necesarias para la realizacion del proyecto, mas como buen vasallo la ofreció á la augusta princesa de Castilla la gloria de llevar á cabo la expedicion naval, la cual lo acogió con entusiasmo y pidió el conocer al eminente marino que tanta dicha y gloria debia traer á su país. La reina Doña Isabel no era reina verdaderamente, sino una madre cariñosa, pendiente siempre de sus hijos, para enjugar las lágrimas que pudiesen derramar, espejo de clara luna donde pueden mirarse los reyes. Hé aquí á Cristóbal Colon en relacion directa con los reyes de Castilla y Aragon, quienes, desde el mismo momento que le vieron, sintieron una gran simpatía; mas como al que es grande en alma y en talento los pequeños aspiran á derribarlo del pedestal donde está subido, así pasó con el genovés, español por voluntad, que se creó un partido adverso á sus ideales, cuya ponzoña la extendian por la atmósfera, contagiando á todos aquellos que aspiraban las miasmas de la envidia; el jefe de este partido podemos decir que fué el confesor de S. A. la reina, Fray Hernando Talavera; mas, en cambio, tenia el apoyo de los hombres de más valer de aquellos tiempos, ya por su posicion social, ya por las dotes de su inteligencia, como eran el cardenal Mendoza, el contador Quintanilla y otros muchos, con especialidad el prior del convento de la Rábida, Fray Juan Perez, quien desde un principio se declaró decidido partidario de la navegacion por los mares desconocidos, prestando para este objeto todo cuanto en su mano estaba.

Colon, como hemos dicho, fué bien recibido por la reina y, por tanto, encontró en ella un apoyo decidido, aun cuando en su rededor se hallasen grandes enemigos; pero el caso fué que los reyes acogieron con solícita bondad á Cristóbal Colon y le prometieron dar el estudio del proyecto á una junta de letrados, parecida ó igual á la que se reunió en Portugal, para lo cual el rey Fernando encargó al prior de Prado que reuniese los hombres más ilustrados, á prelados y marinos que estudiasen la idea del extranjero, y que despues, punto por punto, se la comunicasen.

El prelado acogió con sumo placer el en cargo de los reyes, y tuvo con esto en su mano el que Colon, de buena manera, saliese de España; en efecto, reunió todos aquellos que él creia adversarios de los proyectos de Colon y convocó la junta, la cual, como era de esperar, dió su voto en contra. ¡Qué debió pasar por el alma de Colon en el momento mismo en que vió tal resolucion! No se sabe; pero su corazón debió sufrir un gran desengaño, y por su vista cruzarían en un instante todas sus amarguras, todas las penas que durante tantos años sustentó con el exclusivo objeto de llevar la riqueza á los pueblos, y sin saber él que lo que iba á hacer era agrandar el globo y dar al mundo civilizado un tesoro inagotable para atender á sus crecientes necesidades; pero á pesar de la determinacion de la junta, cuyo espíritu santo fué Fray Hernando Talavera, no se dieron por vencido los reyes, y de una manera cortés digeron á Colon que esperase, pues la emprendida campaña les quitaba muchos hombres y dinero. Las juntas se celebraron en Córdoba por los años de 1486.

El eminente marino, á pesar de todo porfió ¡alma grande que aspiraba el bien de la humanidad, y esta ingrata se mofaba de él como si fuese su idea un imposible irrealizable! Colon esperó, y no esperó en vano, porque sus partidarios emprendieron una campaña en contra de los enemigos de él. En efecto, propusieron á

(1) Hay que advertir que Colon murió en la creencia que habia llegado al Japon.

(2) Tomás R. Pinilla, *Colon en España*, cap. II.

la reina una junta de hombres entendidos, para que volvieran a estudiar los proyectos del genovés: ésta accedió con sumo gusto, por ser desde un principio decidida partidaria de la idea; los protectores de Colon decidieron que las conferencias fueran en Salamanca, sin duda para dar más realce y solemnidad al acto, por ser la Universidad de esta ciudad la que privaba por entonces al mundo científico, y mucho más, cuanto que uno de los protectores de la idea de navegación era fray Diego de Deza, maestro del Príncipe y catedrático de Teología en el convento de los Dominicos de Salamanca, se podía decir, desde luego, lo que de aquellas conferencias había de salir; un voto favorable á lo que tantos años había sido de estudio, de comentarios, de creación de odios y envidias de parte de unos; generosidad, grandeza de alma, caballerosidad y elevación de espíritu de parte de otros; y en cuanto á Colon, privaciones, dolores morales, humillaciones, sarcasmos, porfias, en una palabra, todo cuanto al hombre puede suceder, todo le pasó á Colon, hasta que tuvo un voto unánime de los hombres de valor, aunque no había concluido todavía su martirio: cuando más sufrió, cuanto más se vió humillado y despreciado por los que se creían ser grandes, cuando en realidad eran muy pequeños, más alta, más sublime y elevada nos parece la figura del siglo xv, figura que siempre se elevará sobre las azules aguas de los mares, y siempre será admirada por todos.

RAMÓN DE SANJUAN.

(Continuará.)

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

Al que leyere

Terminaba yo este libro en Lisboa, al mismo tiempo que el telégrafo comunicaba desde Roma á todas las potencias del mundo la muerte de Pío IX. Pocos meses hacia que habíamos comenzado nuestro trabajo. Nos impusimos en él la misión de reflejar el estado actual y la situación histórica de la Iglesia Romana; sus hondas divisiones, sus cismas, sus luchas de escuela, de dogma y de personas, para saber mejor al estado á que podía reducirse el movimiento reformista de los cristianos en Europa y América.

Necesariamente este trabajo habría de herir al Papado y había de reflejar á la vez el sentimiento de protesta que contra los actos del Pontificado, en estos últimos tiempos, venían á ahogar las definiciones dogmáticas que salían de San Pedro, juntamente que del Vaticano.

La noticia del fallecimiento de Pío IX nos detuvo por algun tiempo á publicar este trabajo; pero cuando por las apreciaciones que hacíamos en él vemos confirmadas nuestras ideas y la vida de aquel Pontífice pertenece á la historia, nos decidimos á publicar este libro, que no tiene otra novedad que la de exponerse en sus páginas clara y sucintamente el verdadero estado de las distintas escenas católicas á la muerte de Pío IX, y conocer de este modo el movimiento religioso que desde 1872 se viene operando en Europa y América.

No argüimos con la exposicion de los hechos. Apuntamos lo que pasa, lo que se dice, lo que se escribe. Narramos lo que vemos, lo que presenciarnos. La misión que nos imponemos es la del historiador, y como no somos católicos, ni cristianos, ni evangelistas, nuestra imparcialidad nos impone estar fuera de los apasionamientos especulativos de escuela, y de los endiosamientos de sectas.

Con la conciencia serena terminamos estas páginas que hoy entregamos á la indiferencia pública para remover los escombros que aquí, como en todas partes, nos han dejado el fanatismo y la superstición de épocas desgraciadas por el dominio que en ellas ejerciera la intolerancia y la barbarie.

Por todas estas francas y sucintas manifestaciones, que á manera de prefacio exponemos á la cabeza de estas páginas, comprenderá el lector el generoso impulso que nos mueve á dar éstas á luz.

N. D. Y P.

Lisboa, 10 de Febrero de 1878.

CAPITULO PRIMERO

El papado y los cismáticos católicos.—Actitud de Europa contra el pontificado.—Coincidencias prodigiosas de los poderes absolutos.—Declaraciones de la «Correspondencia de Stern» y de la «Gaceta de Weser»

I

«Estoy cansado de ver todo lo que pasa á mi alrededor.... pero no estoy dispuesto á rendir las armas.»

(Pío IX, Papa.)

En los críticos momentos en que los católicos-apostólicos-romanos entonaban himnos de alabanza á Pío IX, el apóstata (1), por haber ocupado en el Pontificado más tiempo del que reinó el apóstol Pedro, y cuando los ultramontanos de todos los países celebraban las fiestas más entusiastas por la declaración del dogma de la infalibilidad, viene á producirse en el seno mismo de la Iglesia un nuevo cisma, fruto de la intransigencia de los partidarios del papado y de la intemperancia del Papa Pío IX en declararse frente á frente del movimiento revolucionario que se opera en la Europa del siglo XIX, sin duda para desmentir así sus antecedentes de familia, que no está muy limpia de principios heréticos (2).

La patria del gran Lutero y de Jerónimo de Praga, la pensadora Alemania, es quien ha dado el primer paso, es la que ha enarbolado la bandera de guerra contra ese poder avasallador, azote constante de todas las libertades y verdugo perpétuo del pensamiento humano.

Los libre-pensadores triunfan en esta lucha.

La razón es una vez más dueña del mundo.

Mientras los dogmas de la Iglesia católica no tuvieron carácter político, sus doctrinas fueron más ó menos respetadas, y á discutir las y reformarlas estaban llamadas todas las eminencias teológicas del mundo; pero desde el crítico momento en que el desgraciado autor del *Syllabus* se declaró infalible y su doctrina incontestable, los gobiernos han tenido que pensar en su propia defensa, y la Alemania, apoyada por los hombres más eminentes de la Europa latina, ha iniciado el movimiento separatista para romper con la unidad católica, que tanto ansiaba conservar Pío IX, con esa falsa unidad neo-católica que aspira á constituir la Iglesia universal de Pedro con la fusión de las iglesias particulares.

El dogma de la infalibilidad, por su esencia puramente política, ha alarmado, con justa razón, á todos ó la mayor parte de los gobiernos, europeos, y la perturbación ha empezado á sentirse en todas las naciones católicas.

Por otra parte, el carácter agresivo que los ultramontanos alemanes han dado á este dogma, no ha contribuido ménos á exasperar los ánimos, ya bastante irritados por la preponde-

(1) Pío IX, de oficio Papa, era el antiguo Conde de Mastai Ferretti, capitán de caballería, amigo en sus mocedades con una señora muy virtuosa. Fué *Fraemason*, venerable y grado 33 de una de las Logias más principales de Roma. Se distinguió mucho en favor de la libertad, por sus trabajos en la masonería, y en 1839 cuenta P. de la Gattina, que se hizo sacerdote, misántropo, hipócrita, usurero y hasta traidor. Según escribe Kossút á las pérdidas y engaños debe su elevación á la silla papal, donde subió con el nombre de Pío IX, para pasar muy pronto su recuerdo á la historia, que ya lo señala con el nombre de Pío IX, el Apóstata Infalible.

(2) Una persona muy relacionada con familias italianas, tiene pruebas incontestables de que la familia Mastai, pariente de Pío IX, procede de origen hebreo. Los Mastai tienen su título de nobleza de una Ferretti, procedente de la nobleza antigua, que casó en Sineglagia con un judío bautizado con el nombre de Mastai. Cuando el Conde Mastai Ferretti, 27 años ha, subió al sillón papal, bajo el nombre de Pío IX, el marqués de Cousolini publicó un folleto genealógico, en el cual se trazaba el origen hebreo de Pío IX. El escritor fué citado ante el tribunal, quien entregó el folleto á la hoguera, y desde entonces se suscitó un feudo irreconciliable entre las familias de Mastai y Cousolini: uno de ésta pereció por mano de uno de la de Mastai, circunstancia bastante general en Sineglagia. Todo esto quedaría ya sepultado en el olvido, si un literato romano, amigo querido nuestro, no acabara de descubrir en volúmenes antiguos una copia de documentos de gran interés que ha publicado estos días, y corroboran más y más la corteza del hecho que queda referido, y que fué el primero en descubrir el marqués de Cousolini, en 1843, con su celebre folleto.

rancia en estos tiempos del poder autocrático, desde la reacción de 1814.

II.

La guerra, pues, ha sido declarada y aceptada: mientras el Gabinete de Berlín, apoyando á los anti-infalibilistas, suprime el departamento de asientos católicos del ministerio de Cultos y abre á los sacerdotes excomulgados las iglesias cerradas por los obispos infalibilistas, los partidarios del dogma se apresuran á publicar las disposiciones de la curia romana sin el placet del Gobierno.

Al frente de esta cruzada contra la Iglesia romana, se ha puesto el canónigo Döllinger, todo un sábio, y ya se disponen á combatir á su alrededor los hombres más ilustres de toda la Alemania.

No nos atrevemos á pronosticar ahora el resultado de esta lucha, que promete ser grande: si sólo apuntaremos qué la intolerancia de los infalibilistas ha lanzado un germen de disolución en la sociedad católica, germen que será muy difícil desarraigar por algun tiempo.

Pero si como de este cisma no viniese la caída del poder supremo del Pontificado, se consuma en los mismos días de la declaración del dogma la unidad italiana, y con ella la pérdida del poder temporal que los Papas venían ejerciendo desde los tiempos de Pipino y Carlomagno.

La caída, pues, del Papado se ha consumado de una manera pacífica, como un hecho natural y lógico en el orden político de Europa, y ya Roma es capital de la Italia-Unida.

El sueño dorado, la aspiración constante del inmortal poeta Dante, se ha realizado en el presente siglo para bien de una raza desgraciada, que siempre ha suspirado bajo las pesadas cadenas del más reaccionario poder, del poder de los Papas, que desde fines del siglo V invadieron sus llamados Estados, sosteniendo hasta hoy un mando fatal sobre ellos, con guerras crueles y violentas, como las de los siglos XIV, XV y XVI, en que la soberbia de los Papas se vio vencida en más de una ocasión por hombres como Carlos V.

Convengamos en que la causa de la libertad ha ganado mucho con estas luchas que acaban de terminarse, y tengamos esperanzas en el porvenir, que siempre ha sonreído para los pueblos.

III.

La coincidencia entre la desaparición de la monarquía legítima de Francia, señalada por el manifiesto de los diputados de aquel partido, y la instalación de Víctor Manuel en el palacio del Quirinal, que señala de una manera positiva y perpétua el fin del poder pontificio; esa caída simultánea se presenta inmediatamente al espíritu ménos reflexivo, como el cumplimiento necesario de la ley de la historia, de esa ley providencial á la que todo derecho se subordina, por más que á veces miremos los accidentes de la vida de los pueblos como hechos históricos en contradicción con esa ley; pero que luego armonizan y relacionan con otros, viniendo así á manifestarse clara y racionalmente la ley á qué obedecen.

Y observando todo esto se vé que el antiguo orden social se derrumba á nuestra vista; que las antiguas instituciones desaparecen al golpe de la piqueta revolucionaria, y se crea un nuevo orden de cosas más en armonía con el movimiento filosófico de la edad presente.

La Iglesia romana, representando el poder divino sobre la tierra, y la monarquía legítima, considerada como una emanación de aquella y á la que debiera subordinarse, eran dos legitimidades que no se comprendían separadas: al morir la una ha tenido necesariamente que caer también la otra.

Pero un orden de cosas que ha sido obra de muchos siglos no perece en un día.

La monarquía se sintió primeramente herida de muerte en 1792.

Apenas se eclipsaba el principio de legitimidad ante el de soberanía nacional, cuando ya la idea del Estado puramente civil minaba el poder de la Iglesia.

Apenas tomaba cuerpo la obra de tales ideas, un nuevo principio vino á precipitarla, el de las nacionalidades.

La aplicacion de este principio tenia que poner frente al moderno sistema con el antiguo.

En esta lucha encarnizada y continua, se ha visto al antiguo principio ceder siempre, á la vez que sus representantes le mantenian humilde en su fórmula, y aún le exajeraban de una manera tan violenta, que á los más ciegos, á los más ultramontanos les hacia temer por su fatal caída. Y cuando el principio estuvo perfectamente minado, hemos visto á la Iglesia dar el *Syllabus*; la hemos visto tambien congregarse como en sus buenos tiempos para oponer al último esfuerzo del nuevo principio, un alarde de atrevimiento que no se determinaron á intentar en el absoluto imperio de la teocracia: la declaracion del dogma de la infalibilidad pontificia.

Entretanto, las monarquías legítimas desaparecian una á una.

Sus representantes permanecian aferrados á la bandera de sus supuestos derechos divinos, sin conceder nada, sin querer mirar adelante, para que en ellos tuviese cumplimiento la caída de todo lo antiguo y así ha sido.

Parecia que las dos legitimidades habian de perecer, produciendo gravísimos trastornos en las modernas sociedades, por lo mismo que tanto ha sido y tanto ha durado; pero esos graves trastornos son los que ya han pasado: son los hechos anteriores que han conmovido al mundo, y de esos hechos, de esos trastornos, de su lógica racional y justa, ha resultado lo que ahora hemos visto hace apenas 10 años realizarse tranquilamente: el uno, bajo la forma de instalacion de Víctor Manuel en el Quirinal; el otro, bajo el manifiesto de los legitimistas franceses, que apartaron de sí al hijo del milagro.

Lo que está en la lógica de los hechos, siempre sucede, porque lo que ha de ser tiene mucha fuerza.

Pero apartándonos de otras consideraciones que sobre estos hechos nos sugieren, y que nos llevarian á muy lejos concretándonos al movimiento que opera en Europa la idea religiosa, ¿podemos considerar en derrota á los papistas?

La *Correspondencia de Stern*, órgano, si no oficial, oficioso al ménos del príncipe de Bismarck, publicaba, poco ha, una nota que puede tener mucha importancia. El diario alemán decia: «que la ceguera de los partidarios del Vaticano puede dar lugar á grandes complicaciones, en las cuales desaparecerá algo más que el poder temporal.» Por otra parte, la *Gaceta de Wiser* sostiene una campaña encarnizada contra la doctrina dogmática de los papistas, y en sus columnas leemos continuamente serias disposiciones del gobierno prusiano contra los manejos del partido católico romano en Europa, pues por sus intrigas el Concilio Ecuménico de la Iglesia ortodoxa, reunido en Constantinopla bajo la presidencia del Patriarca, para deliberar acerca de la emancipacion de la Iglesia búlgara, ha consumado el cisma.

El Concilio ha declarado unánimemente cismática la Iglesia búlgara: un sólo miembro del Concilio, el Patriarca de Jerusalem, ha rehusado firmar la declaracion. Este acto parece relacionarse con la política, al decir de un periódico extranjero, porque es la condenacion de las decisiones de la Sublime Puerta, que ha acordado al clero búlgaro la independiencia y la autonomia que reclamaba hace tiempo.

A esta declaracion siguen la de los patriarcas de Jerusalem, Antioquia y Alejandria, que con el clero ruso se oponen á las declaraciones del papado.

Manifestada así su hostilidad á la Iglesia católica de Roma por los gobiernos de Europa, la lucha de separatistas y unitarios católicos ha tomado proporciones gigantescas, mereciendo por lo mismo que estudiemos la actitud del clero alemán, que es el que agita la cuestion y provoca al rompimiento con su resistencia á cumplir todos los deseos la corte pontificia.

NICOLAS DIAZ Y PEREZ

INTRODUCCION

III

(Conclusion)

Por cuanto dejamos enumerado se ve que el actor necesita para la vida de las tablas, instruirse y educarse de un modo particular, y además necesita conocerse á sí mismo, estudiar sus facultades, aptitudes, vocacion, y elegir un género.

La division del trabajo es ley imperiosa en el arte de la escena, como en todas las manifestaciones de la actividad humana.

Salvo los génicos excepcionales, la mayoría de los hombres no sirven para todo, sino para una sola cosa, y dedicándose á ella es como forman las especialidades tan útiles en las esferas de la vida.

Aplicada la division del trabajo al arte escénico, produce las especialidades y señala, por tanto, á cada actor una funcion distinta, determinada por sus facultades y aficiones.

Cada actor debe dedicarse á la interpretacion de ciertos papeles, é indentificándose con ellos, desempeñándolos uno y otro dia, estudiándolos constantemente, llega á adquirir una facilidad y una perfeccion en su desempeño, que no adquiriria tan fácilmente si interpretara sin distincion todo género de personajes.

Esto no quiere decir, como ya hemos indicado, que los actores que son verdaderos génicos no disfruten del privilegio de representar con igual acierto los papeles más opuestos, si quiera haya siempre algunos en que especialmente se distinguen.

Deber es, pues, del actor dedicar sus esfuerzos á una sola rama de su arte, que le indicarán sus aficiones y le marcarán sus aptitudes; y de esta suerte, ciñéndose á un grupo especial de tipos y caracteres y haciéndolos objeto constante de sus estudios y observaciones, llegaria á identificarse con ellos, y adquiriria, merced al hábito, facilidad portentosa para interpretarlos.

Nunca ha sido tan deplorable como ahora la organizacion de las compañías dramáticas, influyendo esta causa no poco en la decadencia del teatro.

Las mezquinas rivalidades y rencillas que dividen á los actores; las injustificadas pretensiones y exigencias de muchos de ellos, el pueril empeño de ser todos primeras partes y directores de compañía; su obstinacion en erigirse en árbitros del teatro, arrogándose el papel de críticos, admitiendo y rechazando las obras que á las empresas se presentan, empeñándose en señalar rumbos y derroteros á la inspiracion de los autores y al gusto del público, son otras tantas causas de irremediables daños para el teatro.

Por otra parte, procediendo casi todos como verdaderos autócratas, sin freno ni disciplina que les someta, sin autoridad que les rijan, y á veces sin criterio que les ilumine, no hay que decir cuantas trabas, cuán grandes disgustos y contratiempos han de experimentar los autores, y no hay que afanarse mucho por conocer la verdadera causa del retraimiento de los más distinguidos.

Formadas las compañías del modo más deplorable, incompletas en su mayor parte, faltas casi siempre de segundos actores, no bien determinadas las atribuciones ni la esfera de accion de cada uno de ellos, el autor dramático tiene hoy que escribir su obra, teniendo en cuenta, ante todo, la composicion de la compañía á que se destina, y sacrificando á imposibilidades de reparto ó á necias exigencias, el pensamiento y el plan de su produccion.

Antes de escribirlo procede el autor á hacer reparto de su obra, y suele encontrarse con que no hay actor que desempeñe tal personaje; con que tal otro no puede aparecer en la escena, porque tal actriz, que debiera desempeñarlo, no consentiria en ello, porque habrá de parecer vieja, ó fea, ó antipática, y á ella no le gusta hacer semejantes papeles; y de esta manera la obra se hace para los actores, y no los actores para la obra.

Vencidas estas dificultades, el autor, — quiera ó no quiera, — tiene que introducir en la obra no pocas veces tal ó cual carácter, tal ó cual situacion ó escenas, para que pueda lucirse el actor Fulano, ó la actriz Menganita, indispensables para el éxito de la obra, que probablemente no se representará si no les gusta.

Tiene además que escojer el género á que ha de pertenecer su produccion, porque puede darse el caso de que al primer actor de la compañía no le guste tal género, sino otro, y no conviene contrariarle en sus aficiones estéticas si no ha de peligrar la obra.

Y hé aquí cómo el autor independiente y que en algo se estima, ha de romper mil veces su pluma antes que plegarse á condiciones semejantes.

Pero no es esto sólo.

Escrita la obra, hay que presentarla á la empresa, y una de dos, ó el empresario es un actor, ó es un hombre ajeno por completa á las letras.

En cualquiera de ambos casos, al primer actor de la compañía toca decidir acerca de la admision de la obra, porque eso de los directores literarios, ó los comités de lectura, son cosas completamente inútiles, desde el momento en que el título de actor lleva consigo un diploma de crítico eminente y literato insigne.

Al inapelable y autorizado juicio del primer actor ha de someterse, pues, la obra dramática.

Inútil fuera preguntar qué obras literarias, qué aplaudidas producciones escénicas, qué profundos artículos críticos dieron al actor autoridad, prestigio y experiencia para erigirse en comité unipersonal de lectura.

Si el autor es de nota, su obra se admite sin discusion, aunque sea el más descomunal engendro; si no lo es, el actor juzga la produccion y decide.

No negaremos que hay actores que poseen el criterio suficiente para juzgar con acierto; pero ¿cuán falible es ese criterio!

El actor juzga las obras de una manera especial; busca en ellas, ante todo, el efecto; y, además, el aplauso para sí; influye en su ánimo no pocas veces su peculiar aficion á tal ó cual género; previenele desfavorable ó favorablemente el personaje que le toca desempeñar en la obra; deslúmbrale el aplauso que adivina en tal escena, y este juicio, no contrapesado por ajena opinion, es el que decide de la admision de la obra.

Cuán defectuoso sea este procedimiento, har-to lo demuestran los fracasos que se suceden en nuestros teatros.

Y basta de esto, pues si á entrar en detalles fuéramos, no acabaríamos nunca.

Si del rápido bosquejo que hemos trazado, no dedujéramos algo práctico y hacedero, nuestro trabajo, limitado á satisfacer una pueril vanidad, no tendria valor por cierto. Por eso, diseñando á grandes rasgos los defectos más capitales de nuestros actores, primero, é indicando los medios que conceptuamos más adecuados para su correccion despues, importa que saquemos alguna consecuencia práctica.

La situacion de los que se dedican á la escena es muy grave.

Los recursos de que disponen les llama á la regeneracion, á la lucha, al progreso; pero la tradicion los postra, la rutina los estenua y el amor propio los mata.

Esta es la verdad; decir otra cosa ó engrainos recordando pasadas glorias, que cuanto mayores son más nos afectan, es aumentar el mal que nos aqueja y evitar que se remedie poniéndolo al amparo del orgullo nacional. Pero estas reflexiones no han de ser bastantes para que desmayemos en la noble empresa de proseguir con incansable celo la propagacion de la cultura entre nuestros actores.

Conocer el mal es el primer paso para remediarlo, y el sentimiento de nuestra inferioridad ha de ser parte, por tanto, para que procuremos alcanzar el puesto que nos corresponde en el mundo del arte.

IV

Vamos á exponer, aunque muy ligeramente, el plan completo de instruccion que en

nuestro sentir deben adoptar los que se dediquen á la escena.

Hora es ya de acabar de una vez con aquellos métodos que creó la ignorancia y consagró la rutina, y que aún no han desaparecido para baldon y mengua de nuestro arte escénico.

Mientras la instruccion de la juventud que se dedique á la escena, se reduzca únicamente al estudio del *Manual de Declamacion*, de don Julian Romea—que, aunque muy bueno, no es suficiente sino para dar una incompleta idea de lo que deben estudiar,—enseñarles á declamar con la perfeccion suficiente para que cuando el actor salga á las tablas lo haga á tropezones, sin expresion ni sentido, y hacer mecánicamente y por rutina algunos movimientos de mimica; mientras el resto de la enseñanza consista en que los jóvenes actores reciten de memoria unas cuantas comedias de nuestro teatro antiguo, que no entienden ni nadie les explica, inútil será trabajar por la instruccion artística.

Una enseñanza confiada á la memoria, á la repeticion mecánica, á la rutina, puede llegar á formar cualquier cosa menos artistas.

No debe pensar nunca el actor que ha llegado á la meta y que ya no necesita estudiar más; por el contrario, cada dia está obligado á adquirir nuevos conocimientos, á hacer nuevas observaciones y á ahondar más y más en el estudio de la sociedad, de la naturaleza y del hombre.

Tampoco ha de aprender á la ligera sus papeles; antes ha de estudiarlos con ahinco hasta identificarse con su personaje, y aprenderlos de tal manera que no tenga que verse en el triste caso de estar pendiente del apuntador.

Es más: el actor de conciencia debe estudiar con igual esmero todos los demás papeles de la obra, y no limitarse exclusivamente al suyo. Diarios y repetidos ejercicios prácticos de declamacion, aun cuando la necesidad del momento no los exija, han de completar la educacion, nunca terminada, del actor.

Ahora bien; en esta educacion hay una parte práctica que en ninguna escuela se adquiere; pero hay otra táctica que es preciso adquirir en alguna otra parte.

¿Hay en España centros de educacion adaptados al caso?

Desgraciadamente no; y por eso en la decadencia del arte de la declamacion, no corresponde á los actores toda la culpa.

En nuestra patria los actores aprenden á serlo de tres maneras; en ninguna parte, bajo la direccion de otro actor, ó en el Conservatorio.

De lo primero, que es lo más frecuente, no hay que hablar.

Fiarlo todo al talento natural, sólo puede permitirse á los grandes génios, y aún en estos es error notorio.

Hacerse actor sin preparacion alguna, es el más inconcebible de los absurdos.

La enseñanza libre que dan los actores es insuficiente. En el estado actual de nuestra escena, ninguno de ellos abarca toda la suma de conocimientos necesaria, ni en la mayoría de los casos pueden considerarse como modelos dignos de imitacion. Sus discípulos cifran todo su empeño en copiarlos, y como el original suele ser malo, no hay que decir lo que será la copia.

Es imposible, además, que un sólo hombre, por ilustrado que sea, explique el vasto cuadro de enseñanza que debe comprender el sistema de educacion que dejamos expuesto.

Las cátedras de declamacion del Conservatorio no pueden tampoco, tal como se hallan organizadas, producir resultados provechosos.

No es nuestro ánimo poner en duda la inteligencia y el celo de los dignos profesores que las desempeñan; pero fuerza es reconocer que unas breves nociones de declamacion, algunas lecturas de obras dramáticas selectas y tal cual ejercicio práctico, no bastan para llenar las necesidades de esta enseñanza. En cuadro tan mezquino poco pueden hacer los profesores, por celosos que sean. Esas cátedras, en su estado actual, son completamente inútiles.

Tiempo hace que en los países extranjero

se ha procurado remediar estos males, estableciendo en sus Conservatorios cátedras de historia, de literatura dramática, de estética, de mimica, de esgrima etc., etc., mientras que en nuestra *Escuela de Música y Declamacion* se ha prescindido por completo de ellas, si bien es cierto que al crearse por el real orden de 15 de Julio de 1830, bajo los auspicios de la reina doña Maria Cristina, sólo fué de música, al año siguiente se le añadieron enseñanzas de declamacion, gramática y literatura, lengua italiana y otras de adorno. Vemos, pues, que en vez de progresar retrocedemos.

Urge reorganizar la enseñanza de la declamacion de una manera racional y completa, ora continúe incorporada á la *Escuela Nacional de Música y Declamacion*, ora se establezca de un modo independiente, que seria lo más acertado.

Hay que aumentar el número de asignaturas y profesores, combinar en la enseñanza el elemento teórico y el práctico, dilatar la duracion de los estudios; en suma, formar una verdadera escuela, que pueda ser un dia plantel de actores inteligentes é instruidos.

Además de la declamacion propiamente dicha, deben explicarse en esa escuela:

Gramática general.
Gramática castellana con ampliacion de la prosodia.
Retórica y poética.
Arte métrica.
Psicología experimental.
Elementos de música y canto.
Historia Universal.
Idem de España.
Elementos de fisiología.
Arqueología con ampliacion de la indumentaria.

Literatura general con aplicacion especial á la literatura dramática.

Historia de la literatura española con ampliacion de la de nuestro teatro.

Idiomas francés, inglés, é italiano.
Baile, mimica, esgrima y gimnasia.

Y sobre todo, constantes y numerosos ejercicios prácticos deberán acompañar á estos estudios.

Clases análogas á estas las hay en todos los Conservatorios principales de Europa, y lo único que debe sorprender es que en nuestro país se haya prescindido por completo de ellas, á pesar de la razon natural de su existencia, porque la historia y la teoria científica son indispensables elementos en todos los ramos del saber, y no sólo respeto de las bellas artes, sino hasta de las artes y oficios más humildes.

La educacion teórica del actor debe comenzar por el estudio del idioma pátrio, retórica y poética, y de la lectura. Todo lo que sea interpretar, decir, expresar un pensamiento propio ó ajeno, de viva voz, está comprendido en esta série, série utilísima, pues que, si vale mucho saber, no carece de mérito ni de importancia hacer valer lo que se sabe.

Nosotros llamariamos á esta série: Artes de la palabra.

Entre las artes de la palabra, ocupa un lugar preferentísimo el de la lectura. Leer bien es una base indispensable para hablar bien, para perorar bien y sobre todo para declamar bien.

Las operaciones intelectuales y físicas á que más habituados estamos y que más fáciles se nos antojan, llegan á parecernos, examinándolas cuidadosamente, un verdadero modelo de complejidad y de dificultades.

Atended, si no, esa critica vulgar y esa didáctica, más vulgar aún, que es, despues de todo, la única didáctica que poseemos respecto á varias de las artes de la palabra. ¿Qué os dice? Para hablar correctamente no es necesario más que la gramática; para declamar correctamente basta seguir el ejemplo de los grandes maestros, de los grandes actores, y procurar cada uno de cuenta propia expresar los sentimientos del papel que se le confie con naturalidad y verdad, como si el actor lo sintiera, como si á él mismo le impresionasen; para leer bien, ¿pero quién da reglas para leer bien? ¿El maestro de escuela no nos lo ha enseñado ya en los más

tiernos años de nuestra existencia? Y no reparamos que alcanzar cierto grado de perfeccion en cada una de estas artes exige multitud de conocimientos de diverso orden, y que, aun cuando naturalezas tan privilegiadas y eminentemente estéticas lo logren de una manera espontánea, casi instintiva, ni esa es la regla general, ni sin cultivar tales y tan favorables disposiciones, realiza progreso alguno.

A la educacion de las artes de la palabra debe seguir el conocimiento de la literatura y de la estética con aplicacion al arte dramático y á la declamacion. Esta parte de la educacion es esencialísima, y, por desgracia, harto descuidada en general por los actores.

Mientras esto no se haga, y sobre todo, mientras los actores no renuncien á sus exageradas pretensiones y den de mano á sus infundadas rivalidades; mientras no reconozcan que su mision es más alta que lo que creen y ménos extensa de lo que imaginan; mientras no se ciñan á ser actores, y nada más que actores, abdicando de sus pretensiones de críticos; mientras no dejen de creerse árbitros del teatro, soberanos de los autores y tiranos de los empresarios, ni ellos recabarán los aplausos y simpatías que merecieran si su conducta fuera más acertada, ni la escena española saldrá del abatimiento en que se encuentra.

Antes de terminar creemos de nuestro deber manifestar que no ha sido nuestro ánimo herir susceptibilidades.

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan,
quien las sienta se culpe,
y el que no, que las oiga.

Organice el Gobierno como es debido la declamacion, den al olvido los actores sus flaquezas, moderense sus pretensiones y conságren con entusiasmo al culto del arte y al cumplimiento de su elevada mision; préocupense ménos de ser los primeros, y cuidense de ser los mejores, reconozcan que la modestia es compañera inseparable del talento y la nulidad hermana del orgullo; sacrifiquen al arte su persona, que él recompensara con creces el sacrificio; y unidos en vinculo fraternal con los poetas, caminen bajo la gloriosa enseña del arte y del patriotismo en pos de la realizacion de este ideal; que bien merece cualquier sacrificio, por grande que sea: la restauracion de nuestro teatro, la regeneracion de esta escena española, en que brillaron Lope, Tirso y Calderon, Maizquez, Latorre y Romea.

ANTONIO GUERRA Y ALARCON.

GUSTAVO BAZ

POETA Y ESCRITOR MEXICANO

Cuando la República argentina gemía entre cadenas, martirizada por el bárbaro de las pampas argentinas, que en lujo de barbarie, eclipsó á Calígula y Nerón; cuando la patria de sus ensueños dormía sobre un lecho de cadáveres y sangre, Florencio Varela, que como todos los nombres ilustres de Buenos-Aires, tuvo que huir del puñal de Rosas—refugiándose en Montevideo, en cuyas calles cayó asesinado al pié de su bandera—al contemplar aquel cuadro de horrores, escribía en el *Comercio del Plata*, único órgano que desde las playas del destierro combatía al verdugo:

«Si me aflige esta situacion de lágrimas y sangre, me consuela la idea de que, la nueva generacion americana, los jóvenes que vendrán á la vida en una época de redencion y libertad, salvarán ante el mundo su honra y dignidad, mostrándome que hay en nuestras Repúblicas talentos que la sabrán engrandecer y glorificar.»

¿De qué manera tan espléndida se está cumpliendo el vaticinio del noble mártir argentino, bárbaramente asesinado por el tirano Rosas!

En todas las Repúblicas del Nuevo Mundo—tierra de encantos y débiles que embriagan la existencia con las pompas de una naturaleza maravillosa—crece hoy esa generacion de que hablaba Florencio Varela; generacion que por el culto ardiente que rinde á la libertad, á la justicia y el derecho, anatematizando á los poderes personales que pretenden ahogar esos grandes principios, es, en realidad, la *esperanza risueña del porvenir de América*, como á su vez la amaba

el inmortal Víctor Hugo en la amistosa carta que nos dirigió hace dos años.

De esa nueva y brillante generación, cabe á México la gloria de ofrecer uno de los contingentes más numerosos y llenos de talento, siendo los poetas y escritores que á ella pertenecen una pléyade de que podemos envanecernos los que nos consideramos felices por haber nacido en aquella tierra de promisión, jardín perfumado de todas las ilusiones, en que el espíritu flota en raudales de una luz, que parece tener por foco la pupila de Dios.

Gustavo Baz es uno de los jóvenes que más crédito le dan, no solo por la fecundidad de su talento, sino por la constancia con que le ha cultivado, con estudios serios y provechosos, no sólo para la literatura de su patria, sino para la vida material de una nación que se regenera por el trabajo, y la asimilación de todas las conquistas que en su carrera de triunfos viene alcanzando la humanidad regenerada.

Un escritor español, hablando del escritor y poeta mexicano, dice:

«Gustavo A. Baz es hijo de un importante hombre público, orador y ministro, D. Juan José Baz, y de una distinguida dama, doña Luciana Arrázola, que á las gracias de su sexo, ha sabido unir una ilustración nada común y un inteligente empeño para abrir á la niñez desvalida los horizontes del porvenir y el tesoro de las conquistas intelectuales.

«Gustavo A. Baz, de todos sus jóvenes compañeros literatos, es quizá el más profundo en condición y el más apto para señalarse en trabajos de importancia históricos y críticos. Ha estimado menos las glorias del poeta que los triunfos científicos, y se distingue por un claro espíritu analítico.

«Ha escrito y publicado dos obras de importancia suma: *La Historia de Juárez* y *La Historia de Hidalgo*, fundadas en documentos inéditos del mayor interés.

«En una edición monumental han encerrado la historia del notable ferrocarril de Veracruz á México.

«También ha dado á luz interesantes estudios sobre *Literatura española*, de la que es entusiasta admirador, como todo aquel que puede creer que la conoce y ha estudiado.

«Ha escrito un drama original *Celos de mujer*, y traducido otro de Sardou; tiene publicados dos tomos de poesías, que se distinguen por su armonía, naturalidad y sencillez.

«Ultimamente residió en París donde ha colaborado en importantes periódicos franceses, cuyo idioma posee con perfección.»

Aunque de una manera breve, hacen conocer estas líneas el noble origen de Baz, y la variedad de sus talentos, que le han permitido á la vez recrearse en el campo de la amena literatura, pulsar la lira arrancándole estrofas delicadas, y asumir, á la vez, la misión del historiador, trazando en páginas serias y meditadas la vida de dos hombres, para siempre inmortales en las epopeyas gloriosas de su patria: el fundador de la independencia mexicana, y el coloso de la defensa nacional, que viendo esa independencia amenazada de nuevo por el César sangriento de las Tullerías, hizo una campaña de proezas verdaderamente legendarias hasta humillar su arrogancia, salvando la integridad de la patria, y con ella el prestigio de su bandera.

Si es una ley física que los hijos deben heredar las condiciones de los padres, conociendo las que adornan á los de Gustavo Baz, fácil es comprender, que al formarse su espíritu en las corrientes de la vida real é intelectual, ha heredado el temple heroico y las convicciones profundas del padre, á la vez que la ternura y la inteligencia delicada de la madre, una de esas mujeres, que por sus virtudes y talentos excepcionales, serán la eterna gloria del sexo débil en el Mundo de Colon.

Examinando los diversos trabajos de Gustavo Baz, sus críticas literarias, sus poesías, sus páginas históricas, sus estudios científicos, y sus artículos sobre amena literatura, nos encontraríamos realmente perplejos ante la necesidad de señalar aquella de sus condiciones para la que le consideramos más apto.

Y decimos esto, porque el talento de Baz ofrece una condición poco común en aquellos, que habiendo recibido en la frente una chispa de inspiración, se dedican á manejar la pluma ó pulsar la lira.

Baz quiere hacer versos, y su imaginación se deja arrastrar en las corrientes de inspiraciones delicadas, sin que al leer sus poesías se perciba nadie de que el tierno cantor de la naturaleza es á la vez hombre de ciencia y de estudios, cuya

índole se aleja completamente de ese pensil florido á que se llama el Mundo de las letras.

Ultimamente hacia un viaje á la pintoresca Galicia, y visitando el pedazo de tierra en que está la tumba de sus antepasados, sintió una de esas inspiraciones del amor filial—eco de un culto sagrado á tantas tradiciones queridas—y pulsando su lira de poeta, le arrancó estas preciosas estrofas:

AL MIÑO

(ENTRANDO Á GALICIA POR LA GUARDIA)

Corres ¡oh, Miño! en anchuroso cauce,
y gayas flores bordan tus riberas;
en música de amores tu murmurio;
caprichos de cristal tus ondas bellas.
El cielo, al reflejarse en tus remansos,
algo de grande en tu corriente deja,
y cuando el sol te niega sus fulgores
te besan con sus lampos las estrellas.

Grabado llevará la mente mía
el sello que le impuso tu grandeza;
siempre recordaré que, peregrino,
hoy al pisar tus márgenes amenas,
de mi hogar evocando las memorias
honrarlas quise, y al besar la tierra
mi alma sintió con emoción profunda
que no era en tus orillas extranjera.

GUSTAVO BAZ.

Agosto 1881.

¿Quién que lea estas estrofas, tiernas, delicadas y llenas de armoniosa inspiración, podrá creer que el mismo autor escribe un folleto sobre el arte tipográfico, y después escribe otro sobre el cultivo de las *Dumas*, abandonando así las esferas celestiales de la poesía en la que Shakspeare descarna, hace la anatomía del hombre apasionado, poniendo de relieve el hombre interior como los mármoles de Fidias y Praxiteles habían puesto de relieve al hombre exterior?

Es que allá en el fondo del alma del noble joven mexicano se refugia la escala de todas las aptitudes: del poeta, del hombre de ciencia y del historiador.

El voluminoso libro en que se refiere la vida de Juárez, bastaría por sí solo para darle una reputación, y la carta de ciudadanía, refrendada por el entusiasmo general, para tomar asiento en el cónclave, en que muchos hombres recientemente han conseguido penetrar cuando el soplo de los años ha emblanquecido su cabeza.

La vida del *indio* sublime, seduce y entusiasma al joven: le contempla en su cuna modesta, le sigue en sus años juveniles, le acompaña en sus primeros estudios: le vé recibir la toga de abogado, en premio de sus afanes y desvelos: estudia sus primeros pasos en la vida pública: presente en aquella naturaleza excepcional, las grandes calidades del hombre superior; aplaude sus actos como primer magistrado de la República, y llegando por fin al momento supremo, se ampara de su figura colosal, y paseándola en triunfo de un ámbito á otro de la República, la presenta como la encarnación grandiosa de aquellos días de resistencia inmortal, en que Juárez — inflamado siempre por el más puro patriotismo — no desmaya un sólo instante hasta el día perdurable en la historia mexicana en que, al pié del cadalso de Maximiliano, la pujanza de sus compatriotas escribe la sentencia de muerte de todos los usurpadores que en su delirio pudiesen llegar un día á creer posible la incrustación de un trono en el suelo virgen de la América querida.

En esas páginas no hay ni vanidad ni amor propio: hay verdad y sencillez en el relato, como cumple al historiador, que debe sofocar los arrebatos naturales de su patriotismo, ante los deberes austeros que le imponen la fidelidad y la honradez.

Otro tanto sucede con la vida de Hidalgo. Apenas tenía veintiún años cuando la escribió.

Y, sin embargo, no hay en ella ni fantasías, ni puerilidades juveniles; es un libro serio y meditado en el que, trazándose el cuadro general de México en los momentos supremos en que acarió los corazones el deseo de conquistarse la independencia, se coloca en él, con mano maestra, la figura grandiosa del cura Patricio que, comunicando á sus compatriotas sus presentimientos en la victoria, les condujo á la cima del nuevo Capitolio, desde cuyas alturas pudo saludar un día á la patria feliz é independiente.

HÉCTOR F. VARELA.

LA CONFEDERACION COMERCIAL

Con sumo gusto hemos leído en varios periódicos la formación de una confederación literaria entre Es-

paña, Portugal y las Américas españolas y portuguesas, de la cual forman parte hombres eminentes, ya en la literatura, ya en las ciencias, ya en la política, contribuyendo con sus inteligencias á tan buena idea, puesto que ha de dar un resultado satisfactorio, enlazando el espíritu de tres grandes pueblos que en una época pertenecieron á la España, mayor es aún nuestro entusiasmo al ver ya planteada, aunque en sola una parte, la unión de la Península Ibérica con la América central y meridional, cuando que hemos empezado á publicar una obra cuyo epígrafe dice ya lo que en sí encierra, que es á encaminar la unión de España y sus antiguas provincias; la obra que por título lleva el nombre de Unión Hispano-Americana, expone la amalgama, pero bajo el punto de vista comercial. Es indudable que la confederación literaria ha de contribuir mucho para la realización que nosotros deseamos, para lo cual no hemos de dejar de trabajar, la cuestión de la literatura encierra el pensamiento de que el espíritu de los americanos portugueses y españoles se confundan, participen de ideas, sino análogas, por lo ménos, no hostiles á la simpatía, vuelvan al corazón de todos, separados por un momento de ceguera y de patriotismo: la cuestión comercial tiene por objeto la unión de los intereses, su defensa y el cambio de aquellos productos que ya unos ú otros escaseemos, dejando francos los puertos españoles para los productos de la América, dándonos esta, en cambio, las mismas franquicias (1).

Puesto que ya se ha empezado esta obra grandiosa, puesto que el primer paso está ya dado, demos el segundo, y nos acercaremos más á nuestros hermanos los americanos. Una confederación literaria se ha creado, ¿por qué, pues, no hemos de crear una confederación comercial con el objeto exclusivo de tener un apoyo, ya en España, ya en los Estados americanos? Esto es lo que debíamos de hacer; una asociación grande, poderosa, en la cual entren á formar parte hombres eminentes de todos los países interesados, sea cual fuere su modo de pensar, su religión, puesto que no tratamos de formar coalición de ningún color político ni religioso, ni vamos á discutir cuestiones de escuela, sino que lo que debíamos hacer sería discutir el medio, la manera con que podríamos dar mayor impulso al comercio, la industria, en una palabra, la riqueza de los pueblos hispano-americanos, fomentarla, y que bajo la bandera de cualquier república central y meridional del Occidente, se viera la de España, y vice-versa.

¡Ah! Sueños son, sueños fueron, que por nuestra mente febril y calenturienta de amor á nuestra patria, á nuestra hermana, tuvimos sueños que, cuando el sol vino á alumbrarnos, después de alumbrar á los países Occidentales, dió sobre nuestro lecho, al rededor de cual mil efigies giraban, forradas de hierro, llevando en su mano el pendón de los reyes de España; otras de bella figura se elevaban sobre nubes, su cuerpo medio encubierto con tul blanco y azul, con la frente adornada por corona de laurel, empujando la lira, nos recordaba á los poetas españolesidos á la América en busca de gloria; cuando despegamos los ojos, y nuestras manos se extendieron en busca de su sueño, encontraron un papel, y sobre él, en grandes caracteres, leímos el nombre de España y el de América, enlazados, como si la Providencia hubiese dado su fallo en favor de dos hermanos que lloran su desdicha.

Desde aquel momento, todo nuestro afán es que la unión se realice, viendo á las naves españolas y americanas cruzar el Atlántico trayendo y llevando ricos cargamentos, representación viva de nuestra riqueza, de nuestro poder comercial; pero para esto no basta la voluntad de los españoles, si no se organiza una gran congregación comercial, la cual encierre el laudable propósito de extender el comercio, el nombre de dos pueblos, llevando tras el surco de sus buques la civilización, libertando al cautivo en lejanas regiones, impidiendo el abuso incalificable del monopolio en todos los países incivilizados, como algunas potencias hacen dándoles géneros malos á un precio fabuloso, sacando, en cambio, productos riquísimos, ya cereales, y en manufacturas propia de aquellos países; todo eso podíamos evitarlo nosotros con esa federación, llevando nuestros productos hispano-americanos, pudiéndolo dar á un precio algo más bajo, por la gran abundancia de ciertas manufacturas.

Este pensamiento que exponemos, hace ya algún tiempo que lo sustentábamos; pero el miedo que no encontrásemos eco, nos retrajo; más en vista de que lo ha tenido la confederación literaria, que es una cosa puramente gloriosa, creemos que no dejará de tenerlo lo que llevamos expuesto con más razón, que son cuestiones de interés y de prosperidad, puesto que por mucho que una nación esté adelantada en la literatura, si no tiene comercio ni industria, que son los verdaderos capitales de los pueblos, no podrá ir al frente de las demás naciones. Nosotros ya sabemos que es una cuestión larga, pero como con el tiempo y el trabajo todo lo puede el hombre, no dudamos en su realización; y

(1) La Unión Hispano-Americana.

en cuanto á nosotros nada valemós, pero siempre somos españoles, y, por lo tanto, no miráramos sacrificio alguno en obsequio de los pueblos, España y América.

RAMON DE SANJUAN.

EURICO EL PRESBITERO

(ELEGÍAS)

De las tremendas elegías del Presbítero algunos fragmentos conservados hasta hoy decían así:

ALEJANDRO HERCULANO

I

Era una noche del helado invierno:
tétrica noche vagorosa, incierta,
en que el cielo, sin luna, resplandece
con temblorosa luz; en que los bosques
con hondo acento de misterio gimen,
y en que en las tristes, fragorosas playas
del profundo Océano, es absoluta
la inmensa soledad. Era la hora
en que el mortal, en el cubil mezquino
que tiene por morada, se recoge,
y en que, en los topes de las negras cruces
del mudo cementerio, y en las losas
de las marmóreas tumbas, con sdn blando,
lentó golea el celestial rocío,
¡y él, único, allí llora por los muertos!
En hora tal, la podredumbre infecta
de la materia y el helar nocturno
apartan del recuerdo doloroso,
que el campo santo entre sus muros cierra,
al huérfano, al amante y al amigo.
Duermen ya consolados en sus lechos,
en tanto que devoran los gusanos
los cuerpos amarrados por la muerte.
¡Oh, ingratitud del corazón del hombre!
¡Cuán pequeña es la fuente de las lágrimas!
un sueño, un leve sueño la deseca.
¡Ah! si en el seno de la tierra pueden
los que mueren amar á los que viven,
¡qué cruel debe serles su abandono!
¿Tendrán paz en su fondo los sepulcros?
Solo Dios sabe lo que allí se encierra;
yo sé que tienen los que allí residen
olvido y desamor sobre la tierra.

II

Aún recordar los mares parecían,
en tal momento, el sin igual vagido
del hirviente verano; por la costa
perezosas las olas se arqueaban
a intervalos, copiando en sus espumas
las indecisas luces de los cielos.
La fresca brisa, que en el Norte nace,
cruzaba en las tinieblas, y contenta
silbaba oculta en las rastreras zarzas
del desierto erial. Helado soplo
exhalaba la noche estremeciéndola
hasta al soldado entre su férrea cota.
Era, en fin, una noche en que la tierra
se envolvía en su manto de terrores;
el bosque susurraba como un coro
de ayes de finados; el torrente
gritaba con la voz del asesino,
y hasta el ave nocturna en su guarida
graznaba en el acento rencoroso
del que de Dios blasfema.—En esa noche
húmeda y yerta, misteriosa é infausta,
impulsado por íntima agonía
vagaba yo á deshora en las riberas
erizadas de agudos alcantiles,
y miraba á lo lejos la negrura
de las ondas sin límites, mecidas
sobre el abismo, su morada eterna.
¡Oh! ¡Cual zumbaba el incansable Norte
en torno de mi sien!—¡Soplo del viento,
como al rugido de la mar, te amo!
—¡El mar y el huracán!—¡Ah! sois vosotros
de la esencia de Dios verbo divino;
las primeras palabras que sonaron
en el confuso caos. Sobre el mundo
surgió al par del mortal la podredumbre;
el árbol y el gusano; la hoja mística
y la lozana flor... ¡Vosotros sólo
no envejecéis jamás! menos ligera,
incierta y bulliciosa es vuestra vida
¡ay! que del hombre la fugaz carrera.

III

Ya de la tarde los postreros rayos
huyeron temblorosos; la rajiza
claridad del crepúsculo disuelve
la enorme masa de la noche oscura
que se eleva en el Sur. En ese suelo
tenebroso y fatal del Mediodía,

serena y luminosa ante mis ojos,
surge tu imagen, Hermengarda bella;
¡oh, Hermengarda! ¡oh, mi bien! ¡oh, de los cielos
inefable vision, que te apareces
cual ángel de esperanza al condenado.

—Esa imagen es pura y me sonríe;
orla su frente, de esplendor formada,
el nimbo de las vírgenes; su rostro
se tiñe del carmin de los pudores;
y al redor de sus miembros, sin mancha,
de nivea gasa desplegada flota
la veste del candor y la inocencia,
y sus divinas formas ocultando,
¡ay! menos bellas parecer las hace
que son en realidad. Así te veo
yo también en mis sueños, en las noches
de recuerdos de amor, nunca dormidos.
Mas, ora te descubra y te contemple
dibujada en mis sueños, ó en las nubes,
tú fuiste siempre, á mi mirar ansioso,
imagen celestial; hondo recuerdo
que nunca pudo descifrar mi mente;
blanda dicha y, al par, duro martirio.
¿Por qué, por qué, si emanación del cielo
y reflejo eras tú de la alta gloria,
volver no osa te los divinos ojos
hacia el abismo de tu amor? Entonces
hubieras visto que el amor más grande
es el amor del infeliz poeta;
es inmenso su amor, como los mundos
que encierra su cerebro, y es eterno
como su nombre que jamás perece.
¡Hermengarda! ¡Hermengarda! yo te amaba
con la pasión más pura; y á ti sola
rendido te adoraba en el sagrado
de mi fiel corazón... ¡Hasta Dios mismo
no tuvo un templo como el templo tuyo!
¿Por qué, si desplomados tus altares,
yo acogido en el triste santuario,
aún vienes á pedirme adoraciones,
cuando ya se interpone en nuestros pechos
del Gólgota la cruz ensangrentada?
¿Cuando la mano inexorable y fuerte
de la suprema ley soldó mi vida
á las heladas losas de la iglesia,
y quedé entre cadenas ya cautivo?
¿Cuando ese umbral que mi camino ataja
es la tinte que marca en las alturas
la eterna salvación ó el duelo eterno...?
Pero ¡infeliz de mí porque esa imagen,
que en el espacio sonreír parece,
en mi alma grabada está tan sólo,
y engañosa en el cielo se refleja
al través de estos ojos, que fulgurán
enrojecidos por el mismo fuego
que dió mi amor y evaporó su llanto.
¿De mí te acordarás...? ¡Ah! no, ¡mentira!
¿tú acordarte de mí? podrá la rama
acordarse del pájaro que acoge
y presta entre sus ramas blando nido;
podrá la ola, del escueto escollo
acordarse también, por donde cruza;
mas tú no me recuerdas, Hermengarda;
tú me juzgas cadáver, como muerto
hoy yace aquel amor que me fingiste.
¿Quién sabe si tampoco ni memoria
tienes de quien en ti tan sólo piensa!
Allá en el mundo donde amor se vende
como vil mercancía, donde lucro,
do cálculo es no más, vives dichosa,
ó hallado habrás quien te llame suya;
quien lascivo te estreche entre sus brazos;
quien cangear pudiera ante tu padre
tus encantos por oro, y que compara
cual joya fútil tu infamado cuerpo...
¡infame! sí, ¡que sin amor, sin gozo,
libra la llave del pudor al vicio,
llave que sólo al corazón se entrega,
pues es dueño el corazón que ama.
¡Ah! ¡qué me importan mundanales fallos,
ni de estúpido vulgo el clamoreo!
Prostitución no más es la coyunda
á tal precio enlazada; y aún bendita
de Dios ante las aras sacrosantas,
¿no se comete acaso un sacrilegio?
Nada hay oscuro bajo el sol; ni oculto
puede haber nada ante la luz divina:
penetra el rayo en la intrincada selva,
y Dios en la conciencia del falsario.
¿Cuántas veces, oh, Dios, por las montañas
feroz me ullando como hambriento lobo,
ó como loco desatado y ciego
vagando sin cesar, quise las rocas
lanzar quebradas por mis propias manos,
¡ay! por mis manos que manaban sangre...!
—Tu deslealtad, tu ingratitud hacia
romper su freno al pensamiento mío...
¿Tú ries sin embargo! ¡Ojalá nunca
a saber llegues el atroz tormento
que esconcho, á mi pesar, ante los hombres,

cual si en vez de martirio fuera un crimen
lo que yo velo, con sereno rostro,
en esta cárcel de mis ansias gimen.

JOSÉ DE SILES.

Movimiento científico

Discurso de D. Miguel Morayta

(Continuación.)

IV

Cuantos monumentos faraónicos han llegado á nosotros, comprueban que la religión, el culto y las prácticas, eran en el Kemi-t cuestión de todos los momentos de la vida. El Egipto entero trabajó así constantemente en la obra de su religión.

A partir del reconocimiento de cada divinidad, la fantasía del devoto y la reflexión más seria del sacerdote procuraron explicarla, asignándole una significación determinada y un carácter propio y peculiar. Concordando unas divinidades con otras; reconociendo en aquellas prioridad, siquiera en el orden del tiempo, sobre las otras, y profundizando más en su representación particular, la religión fué construyéndose en sistema, aunque sin propósito preconcebido de llegar á una consecuencia dada. Esta se deducirá por sí propia, cuando ya el trabajo se halle adelantado.

La diosa *Nu-ti*, ó *Neith*, de quien decía la inscripción de su templo de Saís, como luego dijera Ihowha de sí mismo: «soy lo que ha sido, lo que es y lo que será,» diosa de la oscuridad, de la noche primitiva, del caos, engendra «sin que nadie la levantara la túnica,» pero si aspirando el hábito de *Khnum*, individualización del aliento divino que anima á la materia, á Phtah, Phtah, «señor cuyo rostro es misericordioso,» produce á Ra, «padre de los dioses» y «creador de todo;» como que cuanto vive es por la luz y por el calor del sol. Hijo de Ra y su espléndida personificación es Osiri, «señor del fuego y del aliento,» que solicita á Isi, «dominadora de la humedad y de lo seco, del agua y de la tierra.» Ambos tienen en común el imperio del aire, y como necesitados uno de otra, se buscan, se encuentran y se unen, ocupando para bien de los hombres el trono de Misraim. *Set*, hermano de Osiri, cásase con *Nebt-hat*, *Nephtis*, hermana de Isi, y cual Cain, celoso de las virtudes de Osiri, le mata en un banquete, cuyo fratricidio le abre el camino del solio. Muerto Osiri, divide *Set* su cadáver en pedazos y le arroja al mar. Isi recoge estos restos, los reúne, y á fuerza de besos y lágrimas los vivifica, logrando que aquel animado cadáver la haga madre de Hor. Educado éste al lado de su madre y de su tía, llega á la plenitud de su vida y mata á su tío *Set*. Y así, por virtud de ficciones parecidas, se emparentan unos dioses con otros, formándose una genealogía, en que indudablemente tendrían su lugar todas las divinidades egipcias. ¡Ah! si el Pantheon faraónico nos fuera tan conocido como los mitos religiosos de la Heliade, ¡con qué carácter de unidad y de sistema se presentaría aquel tan poblado Olimpo!

La religión egipcia no negó nunca ¿cómo negarlo? el mal; pero jamás cayó en el grosero dualismo. El mal, consecuencia indeclinable de la limitación humana, esta para el egipcio supeditado al bien; que Dios no sería la bondad suprema, si el mal y el bien fuesen idénticos en potencia y en duración. Como *Set* murió á manos de Hor, también *Apop*, jefe de las fuerzas malélicas de la naturaleza, que los egipcios representaban bajo la forma de serpiente larga y retorcida, sucumbió a través de por la lanza de Hor; *Hor-Thema* bajo esta forma, como los vapores crepusculares se disipan por el sol saliente.

Esto explica, en mi concepto, porque solo impropia-mente puede asegurarse, que los egipcios tuvieron fórmulas mágicas, sortilegios y desencantos. Cierto que supersticiosos como la generalidad de los pueblos, creían en días fastos y nefastos; y cierto también que la magia llegó á alcanzar consideración de ciencia, al punto de practicarla personajes de tanta distinción como el príncipe *Satni-Kham-Uas* y su hermano; si bien quizá pudo haber en esto algo parecido á la fama de astrólogo y encantador que se echó sobre D. Alfonso el Sabio. Pero basta la lectura de las llamadas fórmulas mágicas hasta ahora conocidas, para concluir que más que tales fórmulas mágicas, son oraciones á los dioses, ó cuando más, y esto alguna que otra, exorcismos. Todas ellas contienen manifestaciones de amor y de respeto dirigidas á los dioses buenos, cuya intervención se invoca ó solicita para lograr un fin igualmente bueno. La invocación al demonio, las palabras cabalísticas, las frases de incomprensible sentido, faltan por regla general en estas llamadas, por los egiptólogos, fórmulas mágicas. No era posible otra cosa, dada la escasa importancia que las divinidades malélicas tenían en las creencias de aquel pueblo.

Allá, cuando por su ruina definitiva, el Egipto se abrió á las más extrañas gentes, apuntaron en la re-

ligión faraónica tendencias panteístas. «A ti que eres una y todo, divina Isi,» digeron á la diosa mironima, la de los mil nombres. Mas estas tendencias no se compadecían con el dogma egipcio. Ra procedía de Phtah, y Phtah de Nu-t, y así otros dioses, por generación, no por emanación. La substancia divina, á pesar de sus sumas perfecciones, necesitaba para reproducirse bajo formas diferentes, la intervención de un demiurgo; como Ihowha se valió de la palabra para crear el mundo. Aun representando como representaron idealmente á Dios, siendo su ojo derecho Osiri y el izquierdo Isi; cuanto existe no es para el egipcio, como la espuma de la ola, consecuencia espontánea é ineludible, sino algo que es, aun cuando pudiera no ser, ó ser de manera distinta de como es; siendo todo además, diferente y distinto lo uno de lo otro. Concepto que no se opone á la explicación que Diodoro diera de Osiri é Isi, que constituían dijo, «un solo cuerpo, cuyas partes eran el aliento y el fuego, lo seco y lo húmedo, y en el último luzar el aire; cada uno de cuyos elementos reverenciaban los egipcios como otros tantos dioses:» que cosa parecida sucedió en las religiones griega y romana, politeístas sí, pero no panteístas.

El politeísmo faraónico no descansó jamás en principios que le constituyeran negación del monoteísmo. Por el contrario, el concepto y significado de sus dioses le imponían. Resultaría por sí mismo, en el instante en que se hiciera indispensable una clasificación de los dioses. Y sería, por otro lado, consecuencia del natural progreso histórico. Porque si dada nuestra actual cultura, parece pregunta que se cae por su propio peso, la que conduce á determinar la existencia de una causa superior, de que el mundo y todo lo que le puebla traen su origen, cuánto adelanto sin embargo es necesario para que el hombre se diga: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿á dónde voy?

«Dios uno, Dios único,» dicen ya los más antiguos monumentos. Pero aun cuando estas frases equivalían entonces á superlativos analógicos, de ellas arranca uno de los procedimientos que llevarán al monoteísmo. Porque si «Dios único» es el más adorado por el creyente que así le llama; Dios uno, Dios único, será para muchos fieles, el Dios que se venera en más suntuoso templo el que tenga á su servicio más cumplido colegio de sacerdotes y sea objeto de culto más brillante. La devoción, que en tantas ocasiones no tiene más fundamento que la moda, dará á determinadas divinidades preeminencia sobre tantas otras, y esta preeminencia será suficiente para que las preteridas vayan olvidándose, mas no para que desaparezcan por completo. Ra, dios uno en Heliópolis, no se opone á Phtah, dios uno en Menfis; y así tantos más, que por esta consideración, si bien únicos, no impiden el culto á otros dios en la misma localidad y aun en el mismo templo.

A idéntico resultado conducen las revoluciones políticas y sociales, en cuya virtud unos Estados se resuelven en otros, y por cuyo hecho se afirma la existencia de los dos Egiptos, que luego fundan el Egipto uno. «El habitante de Menfis, escribe Maspero, que ha llegado á la concepción del Dios único, dá á este Dios los nombres que sus antecesores daban á sus diferentes dioses nacionales.» Así, Ra y Sevek constituyen á *Sevek-Ra*, á cuya manera se forman *Sokar-Osiri* y *Phtah* y luego *Ammon-Ra*, *Ammon-Knef*, *Ammon-Mendes* y tantos más, que resultan de esta suerte, el dios del nomo, de la comarca ó de la población donde á este concepto se llegó. Por cuyo procedimiento se construyen más adelante las trílogías ó trinitades, de tan profundo sentido algunas, tan bellas y poéticas otras. Fórmase cada una de éstas por la unión de tres dioses, los más preeminentes de las localidades en que la tríada se adora.

Serán padre, madre é hijo; mas para que no resulte la dependencia consiguiente á estas relaciones, el teólogo egipcio las explicará reconociendo, según doctrina de un doctísimo egiptólogo, que aun cuando Dios es uno en esencia, no es único en persona. Porque es, es padre; siendo tal su potencia engendradora, que no se debilita jamás. No necesita salir de sí mismo para ser fecundo. Solo por la plenitud de su ser concibe su fruto, y como en él la concepción no podía distinguirse del momento en que dá á luz, eternamente produce en sí mismo, otro él mismo. Es a la vez, padre, madre é hijo de Dios. Engendradas por Dios; dadas á luz por Dios, sin salir de Dios; estas tres personas son Dios en Dios, y lejos de dividir la unidad de la naturaleza divina, concurren las tres á su infinita perfección.»

La tríada de Tebas la componían *Ammon-Khem*, *Amont* y *Har-Ka*; la de Teb; Apollonópolis; *Har-hud*, *Hat Hor* y *Harsamt-tauti*; la de Sni; Latópolis; *Khnum*, *Nebauti* y *Haq-Keu*; la de Nubti; *Ombos*; *Sevek-Ra*, *Hat-Hor* y *Khonsu*; en las Cataratas, *Khnum*, *Sa* y *Anuct*. La nacional, en todo el valle del Ni o reconocida, y tan bellamente interpretada y explicada por Plutarco, la constituían Osiri, Isi y Hor.

Estas tríadas fundan el concepto del Dios único, á que llegan, pues, los sacerdotes egipcios, no por anticipaciones y revelaciones sobrenaturales, sino por virtud de un trabajo persistente, determinado por nece-

sidades históricas. A punto estuvieron de afirmar el exacto y puro concepto de la unidad divina cuando dijeron: Dios uno y único, existe por esencia, y es el solo que vive en sustancia, solo generador en el cielo y sobre la tierra; no ha sido engendrado, y es padre de los padres y madre de las madres. Siempre igual, siempre inmutable en su inmutable perfección; siempre presente en el pasado y en el porvenir, llena el universo sin que nada en el mundo pueda dar idea de su inmensidad. No se detiene en esta conclusión la teología faraónica. Para ella, «el principio era Nu, el Océano primordial,» en cuyas profundidades infinitas flotaban confundidos los gérmenes de todas las cosas. En el seno de esta masa líquida, Dios se engendró á sí mismo, y á sí mismo se dió á luz. Dijo al sol: Ven á mí; y el sol yendo á él comenzó á brillar. Por su orden *Shu*, el luminoso, allanó la tierra y separó las aguas en dos masas.

La una extendida en la superficie del suelo, dió nacimiento á los ríos y al Océano; la otra, suspendida en los aires, forma las aguas de lo alto, la bóveda del cielo, sobre cuyas aguas, los astros y los dioses, impulsados por una corriente eterna, comenzaron á flotar ó á ser llevados sobre vistosas naves; como Ra es transportado en su buena barca de millones de años, desde que aparece en el horizonte oriental del cielo, guiada y seguida por un ejército de dioses secundarios, con Hor de pié en la proa, mirando hácia adelante y pronto á herir con su lanza, y otro Hor en el timón, y sirviendo de remeros las estrellas fijas y errantes, hasta desaparecer por el *Ro-Pega*, la boca de la hendidura, por donde en ancha cascada se precipitan las aguas terrenales en las entrañas de la tierra.

Respecto á la extraña concepción de las aguas del cielo y de las aguas de la tierra, el Génesis escribió: «sea hecho el firmamento en medio de las aguas, y dividida las aguas que estaban debajo del firmamento, de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y llamó Dios al firmamento, cielo.»

Establece luego Dios las leyes que regulan la armonía del mundo, y sublévanse contra él las *fuerzas malféticas* de la naturaleza. Su jefe *Apap* trata de anonadar la obra divina: la batalla se empeña entre los dioses luminosos, fecundantes, y los *hijos de la rebelión*, enemigos de la luz y de la vida. *Apap* es derrotado, pero no definitivamente: que mientras dure el mundo, los monstruos serán vencidos, pero no aniquilados. Para resistir á su acción destructora, Dios necesita estar armado de inextinguible fuerza de creación.

«Dios ha creado, decía una de sus oraciones, el suelo, la plata, el oro y el lapis-lazuli a su placer; las hierbas para las bestias, las plantas de que se nutren los humanos. Da vida al pez en el río, á los pájaros en el cielo, prestando hábitos á los que están en el huevo. Vivifica los reptiles, hace el aire donde viven los pájaros; reptiles y pájaros son iguales á sus ojos. Provee al ratón en su agujero y alimenta al pájaro sobre la rama. Sé bendito por todo esto; uno, único y múltiple de brazos.»

En esta obra creadora; del limo fecundante abandonado por el Nilo, bajo la acción vivificante de los ojos de Ra, los rayos solares, fórmanse los cuerpos de los hombres. Constituyen éstos cuatro razas: *Rol*, la raza por excelencia; egipcios; y los *Amu*, semitas; los *Toma-hu*, ó *Tu'hennu*, jaféticos; y los *Nu'ha-sin*, etiopios. Cuyos nombres fueron elevados á la dignidad de tales, merced á una operación demiúrgica posterior, que les dió el alma y la inteligencia. A *Selchet* se las debieron los semitas y jaféticos; á Hor los negros, y á *Khnum*, el demiurgo superior, los egipcios.

Obra de Dios el hombre, no será por Dios abandonado. Débil, en medio del mundo, necesitará amparo y auxilio, y Dios se lo prestará, manifestándose bajo diferentes formas, á que responden reinados divinos en la tierra, que enseñaron al hombre á emplear un lenguaje más perfecto que la imitación de los gritos de los animales, primer lenguaje del hombre; y además, á valerse de la escritura y á conocer los fundamentos de las ciencias y de las artes liberales, y no pocas otras invenciones utilísimas para la vida, de algunos de estos reinados, fingió tales maravillas la fantasía, que nada sucedió, andando los tiempos, de que el egipcio no dijera: «cosa parecida no se vió desde los días del dios Ra.» Dios estaba, pues, para el creyente egipcio, presente siempre en el mundo.

Así el hombre religioso se encomendaba diciendo: «Salud á tí dicen todos, ¡alabanzas á tí que permaneces entre nosotros! ¡prosternaciones ante tí, porque tú nos has creado! A tí te bendicen todas las criaturas: tienes adoradores en todas las regiones, en lo más alto de los cielos, en toda la extensión de la tierra, en lo profundo de los mares. Los dioses se inclinan ante tu Santidad; las almas exaltan á quien las ha creado; se regocujan de presentarse ante su generador diciéndote: Vé en paz, padre de los padres de todos los dioses, que has suspendido el cielo y extendido la tierra; creador de los seres, formador de las cosas, rey soberano, V. S. F. (vida, salud, fuerza), jefe de los dioses; nosotros adoramos tus espíritus porque tú nos has forma-

do. Te hacemos ofrendas porque te debimos el nacer, y te bendecimos, porque permaneces entre nosotros.»

A estos conceptos teológicos correspondi á un culto por todo extremo puro. Quizá en tiempos anteriores á Mena, en las comarcas donde predominan las influencias africanas, pudieron estar en uso los sacrificios humanos; si bien estas aberraciones no probadas jamás pudieron ser lo que el bárbaro y repugnante culto á Molok. De toda suerte, á los dioses faraónicos de los tiempos históricos se tributaron teorías, oraciones, lustraciones determinadamente de agua bendita, sacrificios de animales puros, y ofrendas de incienso, perfumes, frutos y comestibles preciosos.

Para los ritos y prácticas á este culto consiguientes, existía numerosa clase sacerdotal, constituida en extensa jerarquía, á cuya cabeza estaba en cada templo un gran sacerdote, cuya autoridad, correspondiente á la importancia de la población en que el templo radicaba, vino á ser en tiempos una para todo el Egipto. Bajo la jefatura de este gran sacerdote hallábanse los profetas *nutri-hon*, á cuya categoría pertenecía, y quienes, necesitando estar versados en todas las materias relativas á la doctrina religiosa, á las leyes, al culto y á la disciplina sacerdotal, fueron los verdaderos guardianes del saber faraónico y los definidores, en las asambleas que á este propósito se celebraban, de todos los extremos referentes al dogma, y aun de cuestiones muy ajenas á su sagrado ministerio. Adscrito cada uno á un templo dado ó á una divinidad determinada de este templo y calificada su relativa importancia por la del templo ó divinidad á que servían constituían los profetas colegios. En la categoría inmediatamente inferior á la de profeta, y de la cual se ascendía á ésta por elección, hallábase el *nutri-atef*, padre divino; y bajo éste el *ab*, purificador, y en último lugar el *nutri-meri*, simple sacerdote; y en el culto fúnebre, el *kar-hebi*, que recitaba las oraciones á la puerta de los sepulcros.

Como auxiliares de los sacerdotes estaban los *fatsen-nutri*, porta-incienso; los *hosí*, músicos y cantores; y en los tiempos del imperio ninivita las *nutri-hon-tó* profetisas, colocadas en el mismo rango que los profetas; las *quem-t*, cantadoras; las *ahi-t*, tocadoras de sistre, y, aun en algunas épocas, las *nutri-hem-t* ó *nutri-tiu-t*, esposa ó concubina de determinadas divinidades, de que eran sacerdotes sus hijos, padres ó esposos, y que probablemente serían una especie de camareras de la imagen.

Si la religión imponía á los fieles las obligaciones de circuncidarse, de orar, de purificarse por medio de ayunos y de abstenerse ciertos días de comer carne, estos deberes eran mucho más estrechos para los sacerdotes que, aun cuando haciendo la vida social, estaban obligados además á continuas abluciones, á no regalarse con determinados alimentos, como la cebolla, el pescado y el cerdo, á la limpieza exterior é interior del cuerpo, á la oración y al estudio. Erales además obligatorio no tener más que una mujer.

Aun cuando las religiones, por absurdas que sean, tienen siempre creyentes sinceros y devotos entusiastas, llegaron tiempos en que los sacerdotes faraónicos, como los augures de que hablaba Cicerón, no pudieron saludarse sin sonreírse mutuamente. Marius Fontane, habil expositor de las eruditas investigaciones contemporáneas, habla del partido que los sacerdotes sacaban de las reliquias y de las industrias de que llegaron á valerse para que las puertas de los sagrarios se abrieran por sí solas, y para que los ídolos de granito ó de bronce dejaran oír sonidos inarticulados, que interpretaban como afirmaciones ó negativas de los dioses á las preguntas que se les hacían. Desde entonces (eran los tiempos de la dinastía XIX) los dioses dejaron de existir, y los oráculos parlantes y la farsa ocuparon su lugar, substituyendo así la superstición y el fanatismo á las puras creencias religiosas. El sacerdocio dejó de ser aquel cuerpo docto, ilustrado, sabio; y, convertido en explotador de los creyentes, hizo de su profesión algo misterioso y repugnante. Aun de esta suerte (tan-ta ciencia habían atesorado) merecieron el respeto de sus contemporáneos y la consideración del historiador.

V

Espiritualidad del alma; libertad del hombre; responsabilidad de los actos; admirable trílogía, jamás sospechada por tantos pueblos, negada por inteligencias esclarecidas, y que, dignificando al hombre, le hace dueño de sí mismo y obrero que trabaja en la inmensa obra del progreso universal: imposible parece que fuese comprendida por los egipcios desde los primeros tiempos de su historia! Así había de ser sin embargo, dado lo que pensaban de la naturaleza humana.

Fijados por la manera en que explicaban la creación del hombre, los dos elementos que á éste constituyen, espíritu y materia, aparece así relacionado, de un lado con Dios, inmutable, eterno; de otro con la Naturaleza, cambiante, perecedera; siendo así, bajo un aspecto, noble y excelso, y bajo otro, grosero, lleno de appetitos, dado al placer y muy inclinado al vicio. Las relaciones entre ambos elementos (aun no explicadas convenientemente por ninguna escuela) las determinaban los egipcios con verdadero ingenio.

La inteligencia *Khu* (resplandecer), libre de recorrer los mundos, de obrar sobre los elementos y de ordenarlos y fecundarlos, no puede ¡tal es su excelencia! relacionarse directamente con el cuerpo humano *Khat*, aun cuando para vivir en él pierde el brillante esplendor que le es peculiar y característico. Necesita para ello envolverse en una sustancia divina, sí, pero no tan excelente *Ba* (el alma), que a su vez se comunica con el cuerpo por medio de otra menos noble, *Nifu* (el aliento). *Khu* influye, pues, en *Ba* y *Ba* en *Nifu*, que es quien se extiende por todo el cuerpo sin herirle ni anonadarle, y quien penetra en las venas, se mezcla en la sangre y guía y conduce, por así decirlo, al animal al cuerpo. El alma, sin embargo, y esta es otra particularidad apuntada por Mr. Lepage-Renouf y desmenuada por Maspero, no está directamente encerrada en el cuerpo material ó terrestre. Para penetrar en él reviste un cuerpo sutil, impalpable, invisible, aeriforme, que se representa bajo la forma de una manera de reproducción del cuerpo material, que crece y se desarrolla con él. Esta especie de sombra decíanla los egipcios *Ka*, que sabios egipólogos traducen *el doble*. *Ba*, el alma, es, pues, la envoltura de la inteligencia *Khu*; *Ka*, el doble, la envoltura de *Ba*, el alma; y a su vez *Khat*, el cuerpo, la envoltura de *Ka*, el cuerpo; cuyas partes todas, de origen y de virtudes tan diferentes, se juntan por un lazo invisible que dura toda la vida, constituyendo su reunion el hombre.

Llegado el fin de la vida por la falta de las condiciones indispensables al cuerpo, el aliento se recoge en el alma; la inteligencia recobra su forma luminosa, y el doble se separa del cuerpo, que, desprendido de los elementos vitales, comenzará pronto á descomponerse. Hay que evitar á todo trance esta descomposicion; no ya por merecerlo la nobleza que prestaron al cuerpo los huéspedes nobilísimos que le habitaron, sino porque el doble necesitará de él para continuar su vida despues de esta muerte terrena. De aquí la momificación, el embalsamamiento, el respeto al cadáver, y aun aquellas prácticas de los enterramientos, en cuya virtud se colocaban desde los tiempos de los seschuhor, junto al féretro y en lugares especiales de las sepulturas, comestibles, estatuillas y tantos otros objetos: tan antigua fué en Egipto la creencia en la resurreccion de la carne.

Acertó con efecto Herodoto al afirmar, que los egipcios fueron los primeros en decir que el alma humana era inmortal. En efecto, si *Ka* y *Nifu* eran impalpables é invisibles, pero al fin materia, no eran lo mismo *Ba* y *Khu*, puros espíritus y por tanto imperecederos. Por eso el cuerpo podía desahacerse por la corrupcion, el doble deshacerse, y aun perderse el aliento; más el alma y la inteligencia eran permanentes, eternas. Conceptos tan difíciles de formar, fueron percibidos por los egipcios en los tiempos de su historia; y aun entonces creyerónlos con algunas vacilaciones; mas ¿cómo desconocer el mérito que significa concebirlos y explicarlos y deducir de ellos consecuencias fecundísimas?

Predicado de la inmortalidad del alma es su libertad, que la metafísica faraónica explicaba cumplidamente. En efecto, el alma no podía ser esclava, obligada á obedecer, ni de la inteligencia, ni del cuerpo. Lo impedía el hallarse como se hallaba á igual distancia de uno y de otra, y separada de la inteligencia por el aliento y del cuerpo por el doble. Viviendo así entre la inteligencia, luz nobilísima y por esencia buena, y el cuerpo grosero y dado al vicio, necesitaba el libre albedrío, si había de atender ó rechazar las solicitudes de una ó de otra; solicitudes ambas, siempre antitéticas, siempre en lucha, siempre pugnando por vencerse. El alma, sabia, porque se le enseñaba la inteligencia y se lo decía la voz acusadora de su sentimiento íntimo, lo que era el bien y lo que era el mal, y para que al preferir uno ú otro, resultara tal bien ó tal mal, imposibles siendo ciega é invencible la fuerza que la moviera, necesitaba ser íntegra, completa, absolutamente libre.

Por eso el alma del pecador, culpable para con la inteligencia á quien desobedeció, y culpable para con el cuerpo por no haberle sustraído al vicio y á las miserias á él consiguientes, no podía menos de ser responsable. Esta responsabilidad no alcanzaba á la inteligencia, porque su causa no era la del alma, de quien resultaba simple consejera, falta de la fuerza de coaccion que tuviera, á no estar privada del resplandor divino que le era esencial ántes de albergarse en ella; y tampoco la causa del cuerpo, porque sus relaciones con éste no eran inmediatas, sino mediante el alma, que no puede negar su concurso á la inteligencia, engañarla, y aun hacerla así habitar en un hombre que, dominado por los instintos del cuerpo, apenas si se diferencia del bruto. Esta responsabilidad planteaba por último, en el hecho de existir, la necesidad de los premios y castigos en esta y en la otra vida, mientras el alma existiese. En esta vida lo serán los remordimientos de conciencia, dolor de corazón que decían los egipcios; las enfermedades, la pobreza, las malas cosechas y la desconsideracion ante los demás; ó el placer que siempre produce el bien obrar, y que hasta que determina un estado de salud deleitoso; y en la otra, puras y san-

tas satisfacciones intelectuales, ó los dolores morales más crueles. Luego el egipcio creía en la otra vida y en cuanto es reata obligada de tan purísima creencia, ¡La otra vida! dogma consolador, bálsamo de salud que hace en tal modo estimable la existencia, que apenas si alcanzamos que Confucio, interrogado sobre lo que había más allá de la muerte terrenal, contestara: «si no llegaremos, sea el que quiera nuestro trabajo, á comprender lo que es esta existencia, ¿á qué preocuparnos con lo que despues de ella pueda suceder?» El pensamiento del pueblo faraónico fué desde muy antiguo el opuesto á este tan capital del *Iu-Kiao*.

Preocupándole al egipcio la otra vida y resuelto á explicársela, hizo lo que cuantos pueblos intentaron é intentan parecida empresa; dar rienda suelta á la fantasía, que se desbordó en las más extrañas concepciones. Porque como sin ponerla de bulto no es posible la perciban las inteligencias incultas, hácese preciso materializarla, y al valerse para ello de cuanto por hallarse más á mano es de fácil comprension, resultan los más absurdos contrasentidos y las más raras representaciones. Digno es, sin embargo, de meditacion que siendo tan diferentes las religiones más creídas, varien tan poco las pinturas que hacen de su Infierno, de su Purgatorio y de su Paraíso. Por lo demás, en el trascurso de la larga historia de Egipto, hubo mucha variedad en la manera de explicar y de materializar la otra vida.

En los más remotos tiempos estiman la muerte como un prolongado sueño. El difunto habrá de despertar, y precisa para ello que se encuentre siempre íntegro, completo. El embalsamamiento, la momificación, nacen. Y como resucitado podrá necesitar refaccionarse, con el cadáver se entierran comestibles en cantidad suficiente. Nace luego el concepto del *Ka*, y asignasele una existencia tan imperecedera cual cumple á su sustancia. Separado el doble del *Khat* que le envolvió, la necesidad, el cariño, el respeto á la vivienda en que habitó, obligale á separarse lo menos posible del cadáver. Por eso, en las mastabas y sepulcros correspondientes á las primeras dinastías tiene tanta importancia el *serdab*, recinto oculto en la mamostería, no lejos de la *cámara funeraria*, con la que se comunica por un pequeño agujero cuadrangular, y cuyo recinto era la mansion destinada al *Ka* y luego á las estatuillas, compañeras del difunto, que el cariño ó la amistad depositaban y que habían de ser supletorias del cadáver para retener al *Ka*, y aun para recibir en su día al alma, caso de que el cadáver se deshiciere. Y así, aunque desviándose la significacion del enterramiento de los comestibles, siguió éste haciéndose, pero con tal sentido, que al depositarlos inscribían: «Ofrenda á Osiri, para que provea de pan, agua, bueyes, gansos, leche, vino, cerveza, vestidos, perfumes y todas las cosas buenas y puras con que se sostiene Dios, al *Ka* del difunto fulano, hijo de mengano.» De aquí tambien que continuara y se afirmase más la práctica de la momificación, que significó un respeto á los muertos, quizá supersticioso, pero jamás bastante encomiado.

La naturaleza del *Ka*, espíritu y materia, pero materia aeriforme, gaseosa, impalpable, invisible, determinaba en sus aplicaciones serias dificultades. Bastante impuro para no tener entrada en el Paraíso, era, sin embargo, lo suficientemente puro para vivir más largo tiempo que el cuerpo. Y aun cuando el alma era eterna, tales casos podían darse, por lo que hizo durante su residencia en el *Ka*, que mereciera la muerte. Esta desviacion y falta de lógica, dada la espiritualidad del alma, ¿podrá explicarse por el hecho de que el alma se individualizaba en el *Ka*, y cuando llegaba á hacerse indigna de éste desaparecía como alma individual, muriendo así como tal alma? El hecho es que fué doctrina faraónica nacida en épocas muy adelantadas, y más ó menos universalmente creída, que el alma humana, culpable de pecados mortales, era entregada de nuevo, despues de ser juzgada por los dioses, á las tempestades de la vida terrenal, donde, hallando un cuerpo en que alojarse, una vez en él, despues de agobiarse con enfermedades y de precipitarle al asesinato y á la locura, llegada su inevitable separacion de este cuerpo, Hor ó Smu la decapitaban sobre el cadalso infernal, sufriendo así la *segunda muerte*, que la precipitaba en la nada. La nada era, pues, el más bárbaro y terrible de los castigos, la mayor de las amenazas y tambien la inconsecuencia con que el egipcio huía de la doctrina de las penas eternas.

Esta segunda vida terrena del alma hizo pensar á Herodoto, á Plutarco y á Diodoro, y con éstos á tantos ilustres escritores, que los egipcios creían en la transmigracion de las almas. No; la metempsicosis no fué dogma faraónico. Aunque Diodoro entienda que Pitágoras recibió esta doctrina de los sacerdotes egipcios, todo declara que no pudieron enseñársela. Y como las relaciones entre India y Grecia eran en los dias del filósofo moralista un hecho, nada más fácil de explicarse dónde pudo estudiarla.

Si posible fuera, que probablemente no lo será nunca, conocer el orden cronológico de los capítulos que forman el *Libro de los Muertos*, y determinar la época á

que corresponden los más importantes, tendríamos base segura para comprender cómo explicaron los egipcios la otra vida en las distintas épocas de su historia. Mientras el *Libro de los Muertos* sea como el *Rig-Veda* y el *Chu-king* una coleccion de obras sueltas de varios autores y de distintas épocas, que además aparecen como las *Surás* del *Koran* sin orden ni concierto alguno, este trabajo será imposible. Mas sin intentarle siquiera, de tan valiosa y peregrina coleccion, resulta que llegada la muerte y separado el *Ka* del cuerpo, asciendo á las regiones celestiales. Allí, hablando por ella su conciencia y haciendo *Ba* confesion de sus culpas, ora absuelta ó condenada. La absolucion abría las puertas de una eternidad de ventura: la condena llevábala al Purgatorio cuanto las culpas eran leves, ó la volvía á la vida terrena cuando los pecados eran muchos é imperdonables. Esta nueva vida era la que terminaba por la segunda muerte, á cuyo fin estaba la nada. Cuya manera de cumplirse el más severo de los castigos responde á la vulgar é impia frase: el infierno está en este mundo.

Leon Carré, gran maestro en ciencias orientales, expuso con gran copia de razones el hecho peregrino de que el *Amenti*, region de las almas de los muertos, se consideró en los primeros dias como un Paraíso y más adelante como un Purgatorio. Para los egipcios de las primeras dinastías, el *Amenti* era la mansion celestial donde las almas, contemplando sin cesar la belleza inefable de Osiri, se bañaban en un mar de santidad y de pureza, de dicha y de delicias inacabables. Más modernamente fué la region donde todas las almas tenían entrada, y como unas eran puras y otras impuras, en tanto aquéllas se limpiaban de la mancha consiguiente á haber vivido en el mundo, ardiendo en el fuego que guardaban cuatro géneos con cara de mono, otras se entregaban á larga, dura y costosisima purgacion. Géneos armados de espadas la salen al encuentro, monstruos espantables servidores de Set; cocodrilos, serpientes, tortugas y asquerosos reptiles la asaltan, y á todos ha de vencer en combate personal. No hay peligro que no encuentre en su camino: el hambre, la sed, el verdugo que la espera, de todo ha de salir triunfante. Y así llega á divisar la entrada que conduce al cielo. La *Luz*, con quien dialoga largamente, la ilustra y conforta con sus consejos. Sigue adelante y logra la facultad de tomar cuantas formas la agraden, y así reviste la figura de los símbolos divinos, cambiándose en gavilán de oro, en loro, en garza, en grulla, en pájaro con cabeza humana, imagen plástica del alma, en golondrina, en serpiente en cocodrilo.

Con estas transformaciones ha terminado la parte más abrupta del camino. El resto no puede recorrerle y encerrada en el *Ka*: necesita el cuerpo que habitó que al recibir de nuevo su doble dá gracias á los dioses por aquel favor que recibe. Entra así el muerto-resucitado en la mansion de Tahut, que le adiestra en la ciencia que va á necesitar. Un nuevo peligro le sobreviene: un falso barquero, enviado por los elementos del mal, se ofrece á pasarle el río á cuya opuesta orilla están las regiones celestiales. El alma descubre el engaño y obliga al barquero á fuerza de injurias y de insultos á retirarse. Comparece entonces el barquero divino y le somete á un interrogatorio sobre el simbolismo de la nave sagrada que ha de conducirlo. Llega por fin á la tierra deseada. Rodéala un muro de acero, por cuya puerta aparece cada mañana el sol en el cielo orientar. En aquellos campos sagrados del saber sobre humano tiene que servir como labrador, arando, sembrando y cosechando el trigo de la ciencia. Su vida es allí tan plácida, que constituye el primer grado de la beatitud. Plenamente confortado abandona aquellos lugares y, conducido por *Anpu*, atraviesa, auxiliado de un hilo, el laberinto que dá ingreso á la Sala de la Doble Justicia. *Osiri-Khont-Ament*, sentado sobre su trono y rodeado de los terribles asesores que forman el jurado infernal, le somete á nuevo y solemne interrogatorio. Aquellos cuarenta y dos vocales tienen un nombre misterioso: es necesario que explique estos nombres y que responda además á las preguntas que cada uno le dirige. Hace luego su definitivo examen de conciencia, su confesion general, y reconocido por todos los jurados su saber y su inocencia, *Osiri-Khont-Ament* dicta su fallo, que Tahut, como secretario, inscribe en sus registros, y el difunto es definitivamente recibido entre las almas bienaventuradas. Y embarcado en la nave celeste del Sol recorre todos los ámbitos del cielo superior y del hemisferio subterráneo, llegando así á ver cara á cara los innumerables mundos de estrellas, en uno de los que se coloca para servir de cortejo á Ra y vivir eternamente entre estos dioses adorando al Sér perfecto, contemplándole cara á cara abismándose en él y siendo á su vez reverenciado y adorado como Dios.

¡Qué admirable y qué poético este cielo faraónico! ¡Y qué sentido tan profundo el consiguiente á determinar que la suprema perfeccion sólo puede proporcionarla la ciencia, el saber! Mas por lo mismo que todo esto eran creaciones puramente fantásticas, no es de admirar que andando los dias y ya en la decadencia, admitiéndose explicaciones y comentarios, se cayera en un panteísmo muy lejano del dogma egipcio. Tampoco

dele admirar que, por el contrario, infiltrándose el espíritu sensualista de ciertas escuelas griegas se llegara á un sentido cual manifiestan las palabras de la inscripción, que decían: «¡Oh, hermano mío! ¡oh, amigo mío! ¡oh, marido mío! no dejes de beber, de comer, de vaciar la copa del placer, de amar y de asistir á fiestas: sigue siempre tu deseo y no dejes que el mal humor se apodere de tu corazón mientras estés en la tierra. Porque el Amenti es el país del pesado sueño y de las tinieblas; mansion de luto para los que en él están. Todos duermen en sus formas incorpóreas sin despertar ni aun para ver á sus hermanos. No reconocen padre ni madre; su corazón no se mueve ni por su mujer ni por sus hijos...»

(Se continuará.)

La noche de tinieblas

Ya os lo dijo la corneja. Su canto monótono y acompañado como los latidos de un reloj, bajando de las torres, llenó de melancolía las noches precursoras de primavera. El triste pájaro de las sombras avisó el tiempo que recuerda el gran sacrificio. Los altares se vistieron de luto; los devocionarios se abrieron por sus más lúgubres páginas; el tribunal del pecado, antes desierto, recibió en su seno un juez salvador del penitente. Siguió paso á paso el libro del evangelio las terribles ó conmovedoras escenas de aquel drama de un Dios hombre, hasta que por fin el rito marcó con señal negra la sobrenatural catástrofe de la pasión nazarena.

Es la noche del Jueves Santo. Las ciudades más atronadoras están en silencio. Ni ruedas ni pregones sobrecogen con su estrépito la paz que parece adormirse en las calles. Los fieles visitan con luctuoso fervor los túmulos sagrados. Pálidos cirios chisporrotean y se apagan ordenadamente en el atril simbólico. Respirase la atmósfera de los templos impregnada en tufo de cera y olor de mastranzo. Y ocultas personas y cosas entre gasas y crespones, creyérase que en el duelo misterioso que representan tomaron ropas y consistencia de fantasmas. Muchos, en efecto, no son sino sombras lujosas de una fé que dejó de brillar al romperse la coraza de acero que siglos bárbaros ciñeron á su pecho desnudo.

Retroceded conmigo á aquella edad heroica; buscad entre las dormidas piedras esa lámpara de oro cuya mecha inflamaba ayer el viento de los combates, y empalidece hoy la sofocante calma del indiferentismo. Un monasterio alza á nuestro conjuro sus pardos paredones, y en una de sus celdas nos descubre un solitario. El oficio de tinieblas acababa de tener fin en la iglesia del convento, y ya los monjes habíanse entregado á su recogimiento monacal. Sólo aquel ermitaño velaba. Delante de restos de un esqueleto humano doblaba sus rodillas en actitud dolorosa. Una vela amarilla iluminaba la celda, riellando con reflejos de máfil sobre el cráneo raído del cerebro. A juzgar por las arrugas de su frente y el marmóreo albor de su rostro, el cuchillo de fuego del pesar había pasado por aquella cabeza.

Marcas de juventud, sin embargo, tenía sobre sí el eremita. Sus ojos, al moverse, despedían llamaradas de pasión. La misma tensión y violencia de su cuerpo indicaba apoyos de energía. Sentíase la dilatación y replegamiento del pecho al través de la burda estameña. Y si se hubiera pegado el oído al lugar del corazón, se hubiese escuchado el potente hervidero de una sangre engrosada de savia. ¡Gran justador de afectos debía haber sido aquel monje en las lides del mundo! El hábito sombrío que le amortajaba tomaba en él aspectos é impulsos de bélico arreo. Amó, sí; los brazos de una mujer le enlazaron á la tierra con guirnalda de flores. Pero esos mismos brazos, rotos por la muerte, le dejaron caer en la viviente sepultura de su desierto retiro.

Aquella noche parecía dominarle un sentimiento extrangulador de agonía. Aplomaban sus hombros hácia el suelo martirios de gigante. La cruenta tragedia que acababa de representar al pie de los altares, sumía al monje en una postración de desgarradoras pesadillas. Tenía los brazos en cruz, tronchada su cintura, la barba clavada en el pecho. Oleadas de suspiros saltaban de entre sus labios demacrados y calenturientos. Tornábase sus ojos al crucifijo de su celda, envueltos en una expresión de congrijas profundísimas. Y convulsos los miembros y agitado el rostro, oraba y oraba como el naufrago que exhala el último aire vital.

De pronto dejó oír su voz. Era un acento de queja, grito del corazón que gime, vibración suprema de una cuerda quebrada.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó. Mi vida es como el sueño de un condenado; pero ¿cómo compararse á la realidad de tu muerte? Mis pies van sobre espinas; sobre un lecho de áscuas me acuesto; férrea corona aprieta mis sienas; mi corazón ensangrentado sirve de acerico á garras de fieras; bebo hiel en una copa de fuego; mis brazos y mis carnes están separados por puntas de diamante. Soy, Señor, el hombre del dolor; le que amó y no goza; el que fué rico y perdió la llave

de sus arcas. Yo me senté á una mesa cuyos platos eran de oro, y los manjares que comí fueron podredumbre. Yo embriagué mi sentido con una flor de flores era delicada como el ala de un insecto, suave como un giron de nube; pero en su corola había gotas de lágrimas, y una culebra se enroscaba en su cáliz. Acompañame la soledad de un cementerio; tengo por amigos los muertos, por desposada la cruz del mártir, por madre una losa negra. Pero estos extragos ¡Dios mío! son sonrisas, si atados en un haz se ponen en el garfio que taladró tus pies. Noche de tinieblas es ésta para el cielo y para mi alma. Polvo soy pesado y siu brío; pero Tú eres el viento que levanta las cosas sin alas. Rocía en las fuentes de mi sér el bálsamo de eterna salud, y deja que vea la luz de mi fé las sombras arremolinadas en tu cadalso.—

En honda meditación cayó el monje. Ya la brisa fresca de la madrugada bañaba con húmedo aroma los campos, cuando el extasiado religioso elevó su frente del polvo. El ala de una golondrina palpitó en los vidrios de la ventana, y un hilo de luz penetró en la celda. Las mejillas del monje viéronse entonces rayadas por surcos rojos. Anchas franjas violáceas rodeaban sus párpados, haciendo resaltar siniestramente en sus ojos hundidos las pupilas apagadas. Su boca estaba contraída, y á intervalos dejaba escapar un sollozo donde se percibía el silabeo de misteriosas palabras. Estas palabras denotaban tener cadencia y ritmo, siendo como las borrosas estrofas de un canto desconocido. Cuando el sol dió de lleno sobre el monasterio, y las capillas se iluminaron con la púrpura de la mañana, corrió el monje al coro, y entre los acordes de los sordos tubos del órgano, entonó la elegía más sublimemente triste de la desolación terrena. Esta elegía era el *Stabat Mater*.

¡Oh! sí: sólo en la noche del Jueves Santo pudo concebirse este grito cantado que el hombre lanza á la muerte de un Dios nacido de mujer.

JOSÉ DE SILES.

Cartas á una mujer

Señora mía: Me honra usted preguntándome: ¿Qué es eso del naturalismo? y sin dejarme responder, sigue usted con otro extremo de curiosidad: ¿Es naturalismo todo aquello que lo parece? El naturalismo ¿ha de ser forzosamente arte de liviandad y almacén de carne, si no podrida, pasada?

Es grande aprieto, mi gentil señora, éste que con sus preguntas me depara... Jngéaio—Zola—ha invertido cuatrocientas páginas de menuda letra en poner en claro este negocio del naturalismo; ¿he de hacerlo yo en unas cuantas líneas, al vuelo y en sólo unos minutos que me deja de paréntesis la pesada prosa política?

Conversemos, señora mía; conversemos sencillamente, ya que conversar no es disertar; y pues tenemos prisa, abrevio y respondo:—¿Qué ha de ser, señora, qué ha de ser naturalismo todo lo que naturalismo se llama? ¿Ni qué pacto forzoso ha de existir entre el arte naturalista y la carne manida con que se rellene algún que otro embutido literario?

Créame por Dios; el naturalismo no es el escándalo sistemático, no es la laceria á todo pasto, no es la pornografía á todavela...

Naturalmente se arrastra el gusano; naturalmente vuela el águila. ¿En qué se diferencia entonces el águila y el gusano? En lagrandeza, en la mirada, en que el uno tiene tentáculos y el otro alas.

El naturalismo, como todo lo que es arte está reducido á eso: á tener ó á no tener alas...

..

¿Qué es tener alas? Tener génio y tener gusto, y con la varita mágica del génio dirigida por el gusto, saber herir en la piedra del arte hasta hacer surgir el bloque convertido en estatua.

..

Confíesame Vd. al paso, mi bondadosa amiga, su ignorancia de los grandes apóstoles del naturalismo.—No he leído á Balzac, no he leído á Flaubert, no he leído á Zola.—Queda Vd. absuelta de tamaña confesión, que al fin siendo Vd. bella, tiene Vd. cumplido su deber primero... La primera obligación de la mujer—he leído no sé donde—la primera obligación de la mujer, es ser bonita.—Lo que no se comprende, es que de esta ignorancia de Vd. padezcan también los críticos conservadores y las buenas gentes que entre plato y plato de cocido y entre párrafo y párrafo de *La Epoca*, exclaman: ¡Oh! Ese Zola, ese Zola.—

¿Qué sabeis ¡oh! críticos de lance, ¿qué sabeis ¡oh! tenderos de ayer, y hoy graves senadores del reino,

qué sabeis tú ¡oh! raza de burócratas y leguleyos, alimentada de grandes frases hechas sobre la religión, la propiedad y la familia, qué sabeis todos los que gritais ni de Zola ni del naturalismo?

Ni el naturalismo ni Zola son la podredumbre y el escándalo.

¿Y *L'Assommoir*? ¿Y *Nana*? se gritará al punto. En *Nana* y en *L'Assommoir*, no es Zola el escandaloso, sino la sociedad que produce á *Coupeau*, el borracho, y á su hija, la ramera del imperio.

El naturalismo, más que tendencia, más que profesión de fé literaria, es un método. El escritor naturalista se limita á observar, á clasificar sus observaciones; luego de recogido el material de la observación, el novelista agrupa, pone en juego ordenado sus personajes, termina racional y fisiológicamente la acción... Desenvolver un temperamento es un medio propio;—no hace más un autor naturalista.

De aquí que sea rehuido el efectismo de la vieja escuela romántica; el idilio ó la tragedia resultaría, no de una exigencia de moral casera, sino de la inclinación natural de los caracteres.

Más claro: en *L'Abbé Mouret* (un derroche de luz, de color y de humana poesía); en *L'Abbé Mouret* de Zola aparecen dos hermanos: el cura Sergio y su hermana Deseada.—Sergio es nervioso, anémico, histérico; educóse en un seminario, y á la hora en que su alma y su sangre pudieron ser fortalecidos en el comercio con el mundo, la sotana como camisa de fuerza, cayó sobre su endeble cuerpo, y el claustro y la celda y la abstinencia forzada, en refectorio exhausto, sustituyeron á los campos sanos y á las alegrías, á las harturas de una vida libre y espontánea; ni vientos ni árboles, ni flores ni pájaros, ni amor de juventud... El latín y la teología para la inteligencia, para el alma, para satisfacer las nacientes pasiones, una figura de *biscuit*... En vez de una mujer con labios húmedos y sanguíneos, de ojos ardientes y brazos mórbidos, donde poder hallar los desfallecimientos supremos del primer amor—de ese amor que besa y muerde, que tiene rabias salvajes y lágrimas femeniles,—en vez de la mujer-niña, mitad sensualidad, mitad poesía, la Virgen de Mayo con los siete puñales de hoja de lata al costado; en la frente la corona de talco, y á los pies las flores de trapo descolorido... ¿Qué había de ser el pobre Sergio?

(Continuará)

REVISTA DE MADRID

Pocas quincenas tan escasas de asuntos como la que acaba de transcurrir. Durante toda ella nada ha pasado que sea digno de ocupar un espacio en esta Revista de Madrid en que periódicamente vamos tomando nota de personas y sucesos.

No por esto debe creerse que no ha pasado absolutamente nada. Por el contrario, han ocurrido muchas cosas, pero de esas que tienen ya carta de naturaleza en nuestras costumbres, y cuya enunciación, por tanto, provocaría la repetición enfadosa de lamentaciones inútiles; y es harto desairado el papel de Jeremías para que á nadie le guste abusar de él. En los últimos quince días no han faltado puñaladas, ni robos, ni suicidios, ni corridas de toros, ni descarrilamientos, ni desgracias más ó menos personales. Pero esto ya es *género del país*, fruta del tiempo, y no vale la pena de ser contado. Fuera de esto, no hay nota ninguna en la cartera del pobre cronista que, no sabiendo á qué santo encomendarse, mira al cielo, á la tierra, á los cuatro puntos cardinales, llamando en vano á la inspiración que no acude solícita como otras veces á su llamamiento.

Es costumbre inveterada en todo buen cronista que se encuentra en tan apurado trance, en re el deber que le manda escribir y la falta de noticias que le quita todo medio de cumplir la deuda contraída con el público, hablar del tiempo y extenderse en largas consideraciones sobre la situación meteorológica. Si llueve, puede describir la lluvia; si hace buenos días cantar un himno al sol, aunque le cueste el trabajo de traducirlo del Rig Veda, trabajo que no es nada en comparación al que, si no apelara á este medio, le costaría llenar de renglones iguales las cuartillas de renglento. Si á la sazón llega la primavera, no perderá seguramente la ocasión de referir con poéticas figuras la llegada de las golondrinas, el sagrado pajarillo de las leyendas y tradiciones evangélicas; en el verano pintará los campos agostados por el sol, las llanuras áridas de la Mancha abasadas por el fuego canicular, los segadores haciendo caer bajo la hoz afilada bosques de rubias espigas que los ocultan por completo, y que, agitadas por el viento, tienen ondulaciones de cuerpo gracioso de mujer que se cimbreaba en voluptuosos sacudimientos; en otoño harán el gasto las hojas secas, verdes ayer, llenas de pompa y galanura, sembradas, como de perlas, de las gotas de agua pura con que la aurora las rocía, y que hoy secas, amarillentas, arrugadas, se rindn al primer embate, al-

fombran el suelo de súcia hojarasca y ruedan en confusos remolinos, produciendo sonidos que suenan como á quejas y lamentos; en invierno es de rigor que copie, á la pluma, un paisaje nevado, la tierra como envuelta en un sudario, los árboles vestidos de enycasados clowns, los campanarios rompiendo la nieve y levantando en alto la cruz cual si quisiesen guiar al caminante extraviado en la montaña que busca en vano la huella, borrada por el temporal, que dejaron en la nieve los que antes que él cruzaron el sendero. Y hasta, con algunos conocimientos y suponiendo en sus lectores un si es no es de buena voluntad, puede extenderse en consideraciones sobre los vientos reinantes ó hacer alguna atinada observación sobre las indicaciones barométricas. Pero estos son recursos de pacotilla que desdeña emplear un revistero honrado y de conciencia, por más que aquí donde los que aguardan el momento de una cita hacen tiempo, y los que no tienen nada en qué ocuparse le matan, y los que rezan ó juegan al dominó le pasan como si fuera la cartilla, hablar del tiempo no deja de tener cierta importancia y despertar algún interés; y en la ocasión presente en que estamos de barro hasta las rodillas y de agua hasta el pelo, no deja tampoco de ser de actualidad. Pero dígame que no, y yo no tengo más que una palabra. Hable del tiempo el lector con su familia, si la tiene, ó con su patrona, que si la tendrá caso contrario, y nosotros hablemos de otra cosa.

* *

Antiguo es el proverbio, mas no por eso es importuna su aplicación.— Quien busca, halla— dijo hace muchos años un abuelo de alguno de nosotros, y á fé que no era lerdo, ni tenia escasa experiencia, ni habia visto poco en este mundo.— Quien busca, halla.— Si, yo he buscado, y he hallado tambien. A fuerza de volver y revolver las hojas de mi cartera, encuentro en ellas un nombre que es toda una época literaria del país, y una fecha que es un título de gloria para España. Nombre y fecha forman un conjunto tanto más extraordinario cuanto que es una de las pocas veces que en este país y desde las altas esferas se hace algo de provecho. El nombre es breve, pero de todos conocido: Tamayo; la fecha, la de su nombramiento para la dirección de la Biblioteca Nacional y Cuerpo de Bibliotecarios y Archiveros.

Pocos años tengo, gracias á Dios y en buena hora lo diga, y no puede, por tanto, ser excesiva mi experiencia; pero por tradición sé que en España no hay empleo que no tenga infinitos pretendientes, ni concesión de él que no levante tempestades de protesta, ni gobierno que deje de darle á panaguados y amigos, ni persona elegida para un cargo que esté en armonía con sus gustos y naturales inclinaciones. Hoy ya, puedo morirme, porque he visto algo nuevo, algo extraño, algo que no se vé todos los días. He visto al gobierno y al país fundiéndose en uno para dar á un hombre de talento testimonio de su consideración; he visto nombrar para un destino de importancia á un hombre modesto que, lejos de pretenderle, le ha rehusado por juzgarse sin méritos para desempeñarle; he visto á un ministro hacer un nombramiento y al país aplaudirle sin reserva; he visto conformes en una sola cosa á todos los españoles, *nemine discrepanti*, como dicen los latinos. Ya me puedo morir. ¡Ya no me queda más que ver!

Hermosa figura la de Tamayo en nuestra moderna historia literaria. El, por sí solo, es la cifra y compendio de toda ella, que le debe la mayor parte de su gloria. Solas, sea otras que las acompañen, sus obras son producto magnífico de toda una época. Pocos siglos han dado tantas joyas á la corona del arte como ha engarzado en ella ese hombre que se llama Tamayo, ayudado por otro que se llama Estébanez, y tan acordes uno con otro que las gentes se han empeñado en hacer de ambos uno solo. Asombra realmente ver la ductilidad de su talento que se presta á todas las formas, que ensaya todos los generos, que hace ese portento, ese prodigio que se llama *El Drama Nuevo*, y arregla *Lo Positivo* transformando una obra mediana en una obra admirable, y escribe *Más vale maña que fuerza* con la misma pluma con que narra el sublime sacrificio de *Virginia* y los sufrimientos de *Angela*; que hace llorar con la reina Juana en la *Locura de Amor*, reír en *Huyendo del Peregril*, y llorar y reír á un mismo tiempo en esa *Bola de Nieve* que el sol no ha de derretir jamás. Frases de Schiller, arranques de Shakespeare, apóstrofes de Esquilo: todo eso se halla en sus dramas, que vivirán seguramente lo que el idioma de Cervantes. *El Drama Nuevo* bastaría para su gloria y para timbre de la España moderna. Un siglo que no dejase más que esa sola obra en el Archivo Nacional, podía morir seguro de no ser olvidado ni tachado de impotencia literaria, porque no conozco poema dramático que dé más gallarda muestra de energía y virilidad.

Hay que evocar *El Drama Nuevo*, despertar aquellas figuras tristes, y sombrías, mezquinas y grandiosas, y hacer que de nuevo representen en la fantasía el trágico poema de su martirio, para comprender el génio inmenso de Tamayo. Tenemos que oír á Alicia y Edmundo contar cómo ha nacido el amor que á pesar suyo se profesan, en aquella escena con Shakespeare, tan hermosa, tan interesante, en que se quitan mutuamente la palabra cada cual para disculpar al otro, echando sobre sí todo el delito; es preciso que venga Yorick á decirnos cómo recogió á Edmundo y le tiene por hijo y como á tal le cuida y le ama, cómo hizo suya á Alicia y cuánto la ama y cuánto la respeta; nos hace falta ver á Shakspea-

re tratando de contener la tempestad pronta á estallar, de poner valla al torrente pronto á desbordarse, desenmascarando á Walton, diciéndole en voz alta lo que el mismo miserable no se confiesa ni en voz baja, la envidia que sien por su compañero, y, por último, aplastando á la serpiente con su poderosa garra de león; acuda Walton á contarnos sus desgracias de marido, sus miserias de hombre, sus envidias de cómico oscurecido por uno de sus compañeros—el que más odia, porque es el más bueno, el más noble, el más generoso;—y no falte tampoco el autor afortunado que en la noche de su primer estreno comparece al gran Shakespeare, y trae la única nota cómica á aquel cuadro de indecible terror é indefinible amargura. Surja el conflicto ante nosotros, estalle en toda su fuerza la catástrofe, desarrollese otra vez el terrible drama, y reconozcamos en su autor uno de los mayores poetas dramáticos que ha producido el siglo XIX.

Vacante un puesto en la Administración por la muerte del gran García Gutiérrez, otro de los hombres á quien más debe la dramática española, nada con más derecho que Tamayo podía ocupar dignamente el sitio que aquel dejó vacante. En tal concepto, su elección no es obra de un ministro ni de un ministerio: es á modo de una recompensa nacional; el país cumple un deber al hacerla y Tamayo le hace un honor al aceptarla. Pobres y humildes son nuestros plácemes, y distan mucho de poder ser halagüeños para los oídos á que lleguen, pero allá van, dirigidos al poeta y al país.

De propósito no quiero decir nada del cólera ni mencionar siquiera la alarma que hubo días pasados en Madrid por extenderse el rumor de que en el hospital habia casos sospechosos. Se ha hablado tanto de microbios, que estos impalpables animalillos han perdido ya todo su chiste; ya nadie cree en ellos, hasta hay quien niega su existencia. Está sucediendo con el cólera lo que con el famoso lobo de la fabula; todos son anuncios de que viene, y nunca llega. Si, por desgracia, penetra un día en el redil, sólo se creará en él cuando se sientan sus terribles dentelladas.

Ni tampoco dire nada de la cuestión de los abonados al Real, que otra vez parece recrudecerse. ¡Parece mentira la importancia que aquí se dá á las cosas más baladíes! Si se hubiera tratado de un asunto de verdadero interés, nadie lo habría recordado al día siguiente. Después de todo, si el empresario eleva los precios de las localidades, con no ir los que no puedan ó no quieran permitirse el lujo de pagarlas, está todo concluido. Que la empresa se vea abandonada, y ella cederá. O, si son justas sus exigencias, cederán los abonados. Lo de más es gastar tiempo, cosa que tambien hacemos los españoles con la misma tranquilidad con que gastamos una peseta que llevamos en el bolsillo cuando no nos hace falta para otra cosa más precisa.

Como si aún se resintieran de los pasados temores que llegó á inspirarnos el cólera, ni los teatros ni las librerías dan señales de que ha empezado el año literario. Arrastran aquellos una vida lánguida dedicados exclusivamente á lucir los trapos viejos del repertorio, sistema descansado pero muy poco productivo, porque el público que paga no gusta de obras que pasaron y á las cuales sólo puede conceder un interés relativo. Su aspiración más firme es la obra nueva; ya que pague su asiento, quiere darse el gusto de hacer reputaciones y expedir ó negar patentes de hombres de talento á los infelices que acuden ante su tribunal inexorable. Un estreno es una serie de emociones que bien valen los cuartos de la entrada. Hay primero la curiosidad, sabiamente despertada por el anuncio de los ensayos en el cartel y las indiscreciones de los amigos del autor en el periódico; sigue luego el interés que excita siempre la vista de una obra cuyo final se desconoce, cuya trama se ignora, cuyos detalles no se han podido leer de antemano en las criticas teatrales. En un estreno el público juzga por sí, falla, absuelve ó condena, aplaude ó censura, pero sin atender al juicio, que puede ser interesado, de la crítica. Tratándose de una obra antigua, no sucede nada de esto. Es cosa ya juzgada, y no puede permitirse el placer de hostezar, aunque le aburra; por el contrario, tiene que entusiasmarse á la fuerza y como si le gustara de verdad, por más que pueden haber cambiado las circunstancias de lugar, de ocasión, de época, que antaño decidieron tal vez el éxito de la obra representada.

Quizá tenga gran culpa en esto la obligación que ha establecido la costumbre de poner el *Tenorio* en los primeros días de Noviembre. Pocos autores se resignan á estrenar para que la representación de su obra se suspenda á poco y deje lugar á las bravatas de Mejía ó á las juglerías del difunto comendador. Gracias á esta exigencia del público, puede decirse que la temporada no empieza en los teatros hasta mediados del mes próximo. No sé si será ésta sola la causa, ó si habrá otra á que achacar la parsimonia que se advierte en todas las empresas teatrales. Lo cierto es que actores y empresarios se quejan de que el público anda algo retraído. ¡Cómo si fuera el camino mas corto para atraerle presentarle obras de treinta y aun cuarenta años de fecha, de esas que conmovieron en su juventud á los abuelos de nuestros padres!

Esta atonía se refleja tambien en los escaparates de las librerías. En la última quincena apenas si se ha puesto á la

venta alguna obra literaria digna del favor del público. Parece que el comercio de libros se ha interrumpido de pronto en nuestra patria.

Por fortuna, el retraimiento de los libros no es tan absoluto como el de poemas dramáticos. Precisamente tengo sobre la mesa un lindo volumen esmeradamente impreso que merece toda la protección que le pueden prestar las personas ilustradas que saben leer y leen las obras buenas. Es el tomo primero de una *Biblioteca Biológica*, que se propone publicar un jóven naturalista sevillano de mucho talento y que tendrá un gran porvenir en cualquier parte donde las gentes estudien para algo más que para obtener destinos, ser diputados, ó armar asonadas: Romualdo Gonzalez Frago, autor de una bella monografía sobre *Criptogamas*, primera prueba de su amor al estudio, y que le ha valido sinceros plácemes y felicitaciones.

La *Biblioteca Biológica* viene á llenar un vacío tanto más sensible en nuestra patria, cuanto que aquí son ménos los que se consagran al estudio de las ciencias naturales. Dada la índole de los tiempos, es forzoso á todo el mundo poseer ciertos conocimientos generales, sin los que su situación en la sociedad ha de ser desairada con frecuencia. La *Biblioteca Biológica* viene á subvenir á esa necesidad, trayendo la última palabra de la ciencia, síntesis del trabajo de muchos hombres que pierden su vida para encerrar en unas cuantas líneas un secreto penosamente sorprendido á la Naturaleza después de largas horas de vigilia. Folletos de escaso número de páginas, obritas de vulgarización en que se dará la ciencia pura, la ciencia no adulterada por la fantasía, pero expuesta en lenguaje delicado á todo el mundo para que todo el mundo la comprenda, formarán la biblioteca que enunciamos. El primer volumen es interesantísimo, y le abonan el nombre del autor y la índole del trabajo que encierra: *De la lucha por la existencia y la asociación para la lucha*, por Lanesan, traducido admirablemente por el director de la biblioteca Sr. Gonzalez Frago, y con un razonado prólogo de D. Antonio Machado y Nuñez, á quien su competencia en ciencias naturales universalmente reconocida y la circunstancia de haber sido maestro del Sr. Gonzalez Frago, le daban el indiscutible derecho de escribir la primera página de la nueva biblioteca.

* *

Y nada más por hoy. Hasta el mes de Noviembre, dichoso mes que empieza con todos los santos y acaba con San Andrés, como dice el pueblo.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA

Préstamos á largo plazo al 6 por 100

en metálico

El Banco Hipotecario hace actualmente y hasta nuevo aviso sus préstamos al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre lo que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la fincalibre para el propietario, sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

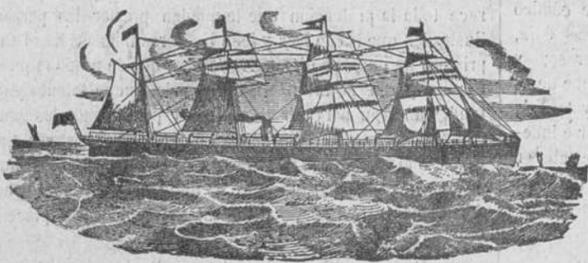
Préstamos á corto plazo

Además de estos préstamos hipotecarios, abre créditos para el fomento de la Agricultura y construcción de edificios.

Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en 50 años.—Los intereses se pagan semestralmente, en 1.º de Abril y en 1.º de Octubre, en Madrid y en las capitales de provincias.—Los que deseen adquirir dichas cédulas, podrán dirigirse: en Madrid, directamente á las oficinas del Banco Hipotecario, ó por medio de agente de Bolsa; y en provincias, á los comisionados de dicho Banco.

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS A PUERTO RICO Y HABANA

con escalas y extension a

LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO
Salidas trimesuales de Barcelona, el 3; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes; para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander, el 20, y Coruña, el 21; para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30; para Puerto-Rico, con extension a Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension a Santiago, Gibara y Nuevitas, así como a La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla; Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Viajes del mes de Octubre

El 10, de Cádiz el vapor *Ciudad de Cádiz*,
El 20, de Santander el vapor *Mendez Nuñez*,
El 30, de Cádiz el vapor *Habana*.

VAPORES-CORREOS A MANILA CON ESCALAS

EN PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBU

Salidas mensuales de Liverpool, 15; Coruña, 17, Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

SERVICIO COMERCIAL A FILIPINAS

Salidas mensuales de Liverpool, el último día del mes; Santander, 3; Cádiz, 8, y Barcelona, 15 de cada mes, con escalas en

PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y TRASBORDO PARA ILOILO Y CEBU

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para informes

BARCELONA.—La Compañía Transatlántica y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.
CADIZ.—Delegación de la Compañía Transatlántica.
MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.
LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.
SANTANDER.—Angel R. Perez y Compañía.
CORUÑA.—D. E. de la Guardia.
VIGO.—D. R. Carreras Irargorri.
CARTAGENA.—Bosch hermanos.
VALENCIA.—Dart y Compañía.
MANILA.—Sr. Administrador general de la Compañía general de tabacos.

EXPOSITION UNIVERS^{le} 1878
Médaille d'Or Croix-Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

PERFUMERIA ESPECIAL
LACTEINA
E. COUDRAY

Recomendada por las Colecciones indicadas de París PARA TODAS LAS NECESIDADES DEL TOCADOR

PRODUCTOS ESPECIALES
JABON de LACTEINA para el tocador.
CREMA POLVOS y JABON de LACTEINA para la barba.
POMADA a la LACTEINA para el cabello.
COSMETICO a la LACTEINA para alisar el cabello.
AGUA de LACTEINA para el tocador.
ACEITE de LACTEINA para embellecer el cabello.
ESENCIA de LACTEINA para el pañuelo.
POLVOS y AGUA DENTIFRICOS de LACTEINA.
CREMA LACTEINA para el espejo del tocador.
LACTEINA para blanquear el cutis.
FLOR de AROMO de LACTEINA para blanquear el cutis.

SE VENDEN EN LA FABRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS

Depositos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Poluqueros de ambas Américas.

Las **PALPITACIONES, ASMA, OPRESIONES, HIPOPIESIA, HINCHAZON de las PIERNAS** son inmediatamente aliviadas y curadas con el

Jarabe y Píldoras de Langlebert

Empleados en todos los hospitales.
DOSIS DIARIA: 3 cucharadas de jarabe ó 6 píldoras.
LANGLEBERT, 55, rue des Petits-Champs, París
MADRID, S. OCAÑA, Atocha, 55.
Pedidos por la Agencia Saavedra, Sordo, 31

MÁQUINAS "SINGER" PARA COSER.

La Compañía Fabril "Singer"

Se ha trasladado a

23, CALLE DE CARRETAS, 25.
(ESQUINA A LA DE CÁDIZ).

¡¡UN TRIUNFO MAS!!

Las máquinas "SINGER" para coser han obtenido en la Exposición de Amsterdam la más alta recompensa:
El Diploma de Honor.

¡¡CUIDADO CON LAS FALSIFICACIONES!!

Toda máquina "Singer" lleva esta marca de fábrica en el brazo.
Para evitar engaños, cuidese de que todos los detalles sean exactamente iguales.

CUALQUIER MÁQUINA "SINGER"

Pesetas 2,50 semanales.

LA COMPAÑIA FABRIL "SINGER"

Dirección general de España y Portugal:
23, CALLE DE CARRETAS, 25.
MADRID.

Sucursales en todas las capitales de provincia.



DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES
POR
DON NICOLAS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español a dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Ira ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscriptores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 a 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscriptores. Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Perez y Boix, Madrid, Manzana, 21; y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Murillo Alcalá y D. Leocadio Lopez, Carmen, 13.

DEBILIDAD

impotencia y esterilidad

Curadas con el AFRODISIACO MARINO. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo a los matrimonios sin sucesión y a los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada a Yarto Monzon, Madrid.

DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la dentición, pues los salva aún en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece a los niños y los desencanja. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

VINO Y JARABE DE QUINA Y HIERRO

de GRIMAULT y C^{ia}, Farmacéuticos en París, 8, Rue Vivienne.

Hace 25 años que el Hierro, elemento principal de la sangre, la Quina Real amarilla, tónico superior del sistema nervioso, y el Fosfato reconstituyente de los huesos, fueron combinados íntimamente por M. GRIMAULT con un vino de Málaga rico y generoso.

Sus cualidades tónicas y reparadoras producen excelentes resultados en la anemia, la clorosis, la leucorrea, las irregularidades menstruales, los calambres de estómago consecutivos a estas enfermedades, el linfatismo y cuantas dolencias dimanen del empobrecimiento de la sangre. Excitando el apetito, estimulando el organismo y reconstituyendo los huesos y la sangre, el VINO de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C^{ia}, desarrolla con rapidez a los niños endeble y a las jóvenes pálidas y abatidas. Este vino corta los ligeros accesos febriles, la humedad de las manos y los sudores nocturnos; es eficaz en las diarreas rebeldes, facilita las convalecencias penosas, y sostiene a los ancianos.

El JARABE de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C^{ia}, que posee las mismas propiedades del VINO, es preferido por las señoras y por los niños que no aceptan ningún medicamento y toman este JARABE con placer por su delicioso gusto. — DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERÍAS.

COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada, bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados, 1, administrador de la obra.

Alfombras

Bruselas de 44 a 30 rs.
Moquetas de 40 a 20.
Fieltreros anchos de 40 a 20.
Alfombritas de todas clases.

M. MAS. — CARRETAS, 22
Frente a la Lonja del Almidón

GLORÓSIS
ANEMIA

HIERRO DIALIZADO
OXIDO DE HIERRO LIQUIDO

10 Y 16 R.
FRANCO
DEPÓS. CENTRAL FARMACIA de ORTEGA
18, Leon, 18. — Madrid

ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composuras.

Sánchez — Carretas, 22, tienda

Imp. de EL PROGRESO a.c. de B. Lancheros
Soldado, 1 duplicado